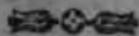


HISTORIA
VERDADERA
DEL SARGENTO
FRANCISCO MAYORAL
NATURAL DE SALAMANCA,
FINGIDO CARDENAL DE BORBON
EN FRANCIA.

ESCRITA POR ÉL MISMO Y DADA Á LUZ

por

D. J. V.



LONDRES.

IMPRENTA DE WOTD.

—
1846.

DGCL.

A

1791



+ 156347

c. 1198498

HISTORIA
DEL FINGIDO CARDENAL
DE BORBON.



*Causóme verdadera compasion el aturdimien-
to del anciano eclesiástico*

HISTORIA

VERDADERA

DEL SARGENTO

FRANCISCO MAYORAL

NATURAL DE SALAMANCA,

FINGIDO CARDENAL DE BORBON

EN FRANCIA.

ESCRITA POR ÉL MISMO Y DADA Á LUZ

por

D. J. V.



LONDRES.

IMPRESA DE WOTD.

—
1846.

FRANCISCO

DEL SARGENTO

FRANCISCO YORRAL

NATURAL DE SALAMANCA

REINO CASTELLANO DE LEON

DE LEON

REINA DONA ISABEL Y DON ALFONSO

por

D. J. V.

—

—

—

1840



R. 12151

ADVERTENCIA.

Apenas hay quien ignora que un sargento español prisionero en Francia durante la guerra llamada de la independencia se fingió cardenal de Borbon , arzobispo de Toledo , y que bajo esta calidad, recibió los mayores obsequios asi del pueblo como de las autoridades de aquel reino : pero hasta ahora habian sido absolutamente desconocidas las causas que produjeron aquel hecho ó ficcion , y las que lo sostuvieron.

Era sensible que carecièsemos de todas las circunstancias y detalles de una historia que no podia dejar de llamar la atencion por lo maravilloso

extraordinario del caso: nadie sino el mismo interesado era capaz de ejecutarlo; éste empero habia fallecido en un hospital militar despues de algunos meses de calabozo donde fué metido luego de su llegada á España. No quedaba el menor antecedente de que hubiese tenido la curiosidad de escribir su vida. La creencia general era la de que habia padecido tan eraso descuido; y esto daba en verdad una idea poco favorable de él y no muy conforme con el espíritu travieso y con la ambicion novelesca que debia suponérsele.

No faltaba no obstante un depositario de tan apetecido documento que en los últimos instantes de su vida lo puso en mi poder. El sargento Francisco Mayoral hizo una relacion exácta de todo en cuatro cuadernos escritos de su letra; los dió antes de morir al sacerdote del hospital militar que le auxilió: y este eclesiástico los tuvo guardados en secreto hasta la antevíspera de su falle-

cimiento que los puso á mi disposicion asegurándome su autenticidad.

Esta historia no deja de ser uno de los sucesos remarcables de nuestra época. Si un extranjero hubiese tenido el arte de engañar á nuestras autoridades militares, civiles y eclesiásticas en varios puntos del reino por el estilo que lo hizo el sargento Mayoral, se habria publicado el hecho por todo el mundo; no habrian faltado comentarios acerca de nuestra barbarie y ligereza: no hubiera quedado exenta de critica nuestra falta de policia y de relaciones diplomáticas para averiguar la identidad de un personaje que figuraba á la frente del gobierno: y una severa y exagerada pintura de la ignorancia y costumbres de nuestra nacion habria sin duda sido el blanco de muchos escritores al contar aquella historia.

Mas fué un español el sugeto que tuvo la habilidad de mofarse de la Francia: un español fué el héroe del dra-

ma: y en España, sin requerimiento de parte de la nacion chasqueada, se le encarceló y formó causa. Cuando en otros países se habria ensalzado su mérito, parece que en el nuestro se procuró hacer caer en olvido aquel lance, del cual no se habló sino confusamente y con alguna variedad en conversaciones particulares, y aun con temor de persecucion en el caso de no mostrar desprecio del autor en determinadas aventuras.

Parece increíble que un sujeto, de cuya instruccion no formará el mejor concepto quien haya visto el original de su composicion, tuviese habilidad para sostener la farsa tanto tiempo. Esto mismo no obstante realza su mérito y es la prueba de su talento natural, mayormente cuando la comedia se representó en los teatros de la culta Francia. Apenas habria quien no graduase de fabuloso el caso si nos lo contasen de un siglo atras; pero viven todavia

la mayor parte de los que vieron al sargento Mayoral hecho un arzobispo, los que recibieron sus bendiciones, los que sangraron sus bolsillos en obsequio suyo, y los soldados que de orden de sus gefes y geuerales sufrieron horas de planton para hacerle honores.

Como no me he propuesto formar una nooela, sino dar á luz lo escrito por el mismo interesado, no se encontrarán en esta historia bellezas de imaginacion, He adoptado un estilo llano paraque se aparte menos del original que he seguido en un todo, excepto algunas cláusulas y expresiones pesadas ó mal sonantes. El orden de materias, los pensamientos, los hechos con todas sus circunstancias, y una gran parte de los periodos y palabras de la composicion, es todo del original de nuestro sargento.

Asi es que no salgo garante de la verdad de los hechos; van tales cuales se hallan en el manuscrito; solo respondo de que realmente se encuentran consig-

nados en él de su letra y puño , y bajo su firma y rúbrica ; y aunque alguno parezca no muy verosímil al comun de los lectores, no sucederá asi á los que en aquella época tuvieron la misma suerte de prisioneros.

I. V.

HISTORIA

VERDADERA

DEL SARGENTO

FRANCISCO MAYORAL,

NATURAL DE SALAMANCA,

FINGIDO CARDENAL DE BORBON

EN FRANCIA.

HALLÁNDOME en la edad de treinta años de sargento primero en clase de distinguido de la sexta compañía del tercer batallion del regimiento de Ciudad Rodrigo del cual era comandante el teniente coronel D. Pedro Quitanilla, tuve la desgracia de ser hecho prisionero de guerra por las tropas de Napoleon Bonaparte en aquella plaza á diez de julio del año mil ochocientos diez.

Conducido á Francia no muy huma-

namente y con el maltrato que acostumbraban las tropas francesas mientras los prisioneros transitaban por territorio español, me deluve enfermo en el hospital de Bayona donde permanecí cosa de un mes. Salí de allí para el depósito en compañía de unos soldados y de diez ó doce frailes: llamó mucho mi atención á la primera jornada el ver que estos recibían de toda clase de personas camisas y dinero y cuanto necesitaban, al mismo tiempo que nada se distribuía al pobre Juan soldado. Juré á Dios entonces en mi interior que si segunda vez caía prisionero, por fraile me denunciaba.

Llegamos de esta manera á la villa de Pau, donde procuré quedarme en el hospital para dejar la compañía de los frailes que por dicha causa tanto me incomodaba. Logrélo en efecto, y á los tres días se me presentó un oficial de mi antiguo regimiento del príncipe llamado D. Joaquin Rodríguez con quien tomamos la resolución de fugarnos á España, co-

mo en efecto lo ejecutamos , mas al pa-
sar el puente de S. Juan de Luz fuimos
detenidos por dos Españoles que se ha-
llaban al servicio de Napoleon y con-
ducidos á la presencia del comandante
de la gendarmeria de Bayona.

No fué perdida para mí la leccion pa-
sada , ni tampoco olvidé mi juramento:
asi fué que preguntándome dicho coman-
dante cual era mi estado le respondí que
el de religioso Francisco : mi compañe-
ro oficial le dijo su clase y grado. Es-
te fué conducido al castillo , y yo á la
cárcel civil.

Apénas había discurrido media hora y
podido estenderse la voz de hallarme en
aquel sitio , cuando una monja de la ca-
ridad me trajo una camisa , dos pañue-
los , y unas medias ; mandó al carcelero
que me pusiese buena cama ; y le dijo
que á costas de ella me asistiese de todo
lo necesario.

No me salió mal este primer ensayo,
A principiè á ver por esperiencia quanto

mejor es en todos tiempos, y aun en Francia, la vida del fraile que la del soldado; de tal suerte que durante diez dias que estuve en la cárcel de Bayona fui visitado por varios curas y monjas y reuni 200 reales de limosnas.

Juntáronme luego con 20 religiosos vascos y catalanes, cuya compañía me disgustaba porque jamas han hecho buenas migas frailes y soldados. Llegamos á Cahers: logré quedarme en el hospital, donde por el espacio de ocho dias me dedique mucho á la oracion asistiendo á todos los oficios divinos, por lo cual me encontraba muy bien entre las monjas. Vino cierto dia una de ellas á buscarme en la capilla diciéndome que me llamaba el vicario general. Obedeci al punto; halléle con la priora, y me dijo:

¿Con que, padre, V. no es mas que subdiácono? — Respondile muy humildemente que en realidad era asi; y replicó — ¿pues en que se ocupaba V. en el convento? — le dije que era organis-

ta y constructor de órganos; y en vista de esto manifestó quedar satisfecho, añadiendo que supuesto que las religiosas se interesaban tanto por mi iba á hablar al obispo para que se empeñase con el comandante de la plaza á fin de que me permitiera quedar allí para encargarme de la recomposicion del órgano y pudiese despues ordenarme sacerdote en su lugar y caso.

¡ Que confusion fuè la mia, y en que enredo me meti. A un pobre sargento le querian ordenar de misa sin saber una palabra de latin, y darle el encargo de componer un órgano cuando en su vida las habia visto mas gordas. No obstante resolví no volver atrás de una proposicion soltada sin advertir las consecuencias, cualquiera que fuese el desenlace.

A los dos dias vino el vicario general en persona á notificarme el permiso para quedar allí con tres francos diarios mientras durase el trabajo del órgano,

y que despues tratariamos de ordenarme de sacerdote. La sub-piora lo oyó con placer, y añadió que yo podría ahorrar los tres francos pues las monjas tomarian á su cargo mi manutencion : é inmediatamente por disposicion de estos recibí un vestido completo de eclesiástico.

¡Cátame aquí un fingido fraile vestido de clérigo á quien se encarga el arreglo de un instrumento en que jamas ha entendido. Para salir airoso del lance busqué si entre los españoles detenidos en el hospital habria uno que supiese algo en aquel ramo ; pero duró poco mi illusion pues á mi vez fui tambien engañado. Emprendimos la obra , mas ni uno ni otro acertábamos y al cabo de cuatro meses de hacer y deshacer lo echamos todo á perder en términos que despues de gastados dos mil francos con materiales y con mi salario tomó el vicario general el buen partido de despedirme entregándome el pasaporte que sacó para el depósito.

No dejé de salir bien librado y de haber sacado mi provecho de este segundo ensayo, pues sobre haber bien comido y sido mejor obsequiado durante aquella temporada, salí sin pleito en razon de la estafa por falta de responsabilidad, y aun con 500 francos en el bolsillo para el próximo viage que emprendi con espíritu y guardando con impaciencia una nueva ventura porque no podia dejar de haberlas en la carrera que habia tomado.

Salgo para el depósito; y como mi interés consistia en no llegar á él porque allí debia descubrirse el pastel, logré tener entrada en el hospital de la villa de Brives la Gaillarde fingiéndome enfermo. Travé luego amistad con un caballero español natural de Barcelona llamado don José Ballmanya el cual me preguntó si sabia tocar la guitarra. Respondile que no, pero que entendia algo de piano harpa y clarinete; y en consecuencia me aplazó para el domingo próximo con el

objeto de ir á la casa de una señora aficionada.

Dicho dia en efecto despues de visperas fuimos á la casa de una seńorita llamada Mavil... muy linda , ricamente vestida , y en estremo amable. Nos recibió con sumo agrado ; y concluido que hubo sus excusas el caballero español por la libertad que se tomó de presentarme en razon de ser aficionada á la música , nos introdujo en su gabinete. Al punto nos sirvieron bizcochos y licor , y despues de los cumplimientos debidos y de un rato de conversacion sobre música , nos trasladamos á un grande y bien adornado salon en que habia dos pianos , uno francés y otro inglés. Escogi el que me pareció mejor : toqué varias contradanzas , canciones patrióticas , y algun vals: en seguida me levanté rogando á la seńorita Mavil... que se dignase darme el gusto de oirla , y no pude conseguirlo porque decia no atreverse á tocar delante tan buen maestro como yo.

Nos retiremos otra vez al gabinete, y al cabo de un rato el caballero español pidió permiso para marcharse à motivo de sus quehaceres , y me rogó que hiciese un poco mas de compañía à la señorita Mavil.. Me ofrecia gustoso à ello, si no era incomodaria ; y contestó" muy al revés, tendré mucho placer en disfrutar de la amable compañía del padrecito... Tuvimos una corta conversacion indiferente despues de salido Ballmanya, y la señorita me manifestó al fin sus deseos de que me alojase en su casa para darle lecciones de música y plano. Respondile que era un triste prisionero , y que la falta de libertad me precisaba al sacrificio de no poder aceptar tanta dicha.

Repuso ella que no queria saber mas sino si yo era gustoso de quedarme porque en este caso corrian por cuenta suya las diligencias necesarias. ¿ A semejantes ofrecimientos de una beldad, quien se habia de resistir ? La dije que desde entonces mismo me tendria por feliz

slendo el último de sus criados : y en medio de la agitacion que me causò esta nueva aventura me despedí de la señorita Mavil... la cual me encargó que no me moviese del hospital despues de la comida.

Sali confuso y cavilando todo el camino sobre la clase de interés que podria yo haber inspirado à dicha señorita: tan pronto lo atribuia à mis prendas personales como à mi habilidad música , y à veces à virtud ó caridad en favor de un eclesiástico espatriado. Entré en el hospital, comí, y à hora y media vino una monja y me dijo—padre coja V. la maleta luego luego, y baje conmigo.—Obedezco y me conduce en un aposento en que estaban el comandante de la gendarmeria , el maire , la subpriora , la señorita Mavil... su doncella y su criada.

Con los antecedentes que tenia de presagié mal de aquel aparato , mucho menos viendo entre dichas personas à mi amable Mavil... —Padre , me dijo el

Comandante , tiene V. permiso para trasladarse á la casa de esta señoriata, á quien creo no dará V. el menor motivo de disgusto— Apenas supe que responder sino por medio de acciones ; y tomando la criada mi maleta , me despedí junto con la señorita , del comandante y de las religiosas , y nos dirigimos á su casa,

Un profundo silencio reinó hasta llegar á ella , pareciéndome un encanto lo que pasaba : y solamente lo interrumpí al llegar al pie de la escalera para pedir la mano á la señorita. No quiso, segun espresó , que un religioso hiciese las veces de criado ; y á pesar de mis reiteradas instancias hube de ceder á su voluntad y orden , pues dijo por fin que así lo mandaba.

Entramos en su gabinete , y encontrándonos solos me preguntó al cabo de un cuarto de hora :— V. padrecito está muy triste. — No, señora, le respondí únicamente estaba pensando como podría

reconocer al señor y recompensar á V. tantos beneficios que me ha hecho, y como pedirle en mis oraciones que conserve en V. tanta virtud.—La señorita Mávil... con las mas tiernas espresiones me aseguró que ninguna recompensa exigía; que dispusiese de todo lo que habia en su casa; y que no creyese que me tenia en clase de criado, sino de amigo, pues le inspiré el mayor interés en el primer instante que me vió: añadió que la habian embelesado mi virtud, mi humildad, mi conversacion tan cristiana: y que yo era el primer hombre del mundo por quien se hallaba encendida de amor. Contesté: //Muchas gracias señorita // con apariencia de rubor; y luego siendo llamados para la cena nos acercamos á la mesa.

Por supuesto que fueron para mi los mejores bocados; y tantos obsequios me tenian absorto sin saber qué decir ni que pensar; solo de cuando en cuando bendecía mi feliz idea de haberme fingido

fraile. Como en este estado me faltaba apetito, la señorita Mavil... lo atribuía á tristeza y tal vez á disgusto de hallarme en su compañía: conocí que estaba desazonada; y advertí que para sacarme de la pena en que ella creía que me encontraba llamó á la sirvienta Isabel para que preparase mi aposento. Tomóme luego ella de la mano y condujome hasta la puerta donde me despedí dándole las buenas noches como mejor supe: la contestacion fué marcharse sin hablar dándome un vivo apretón de mano.

Para un príncipe no se hubiera destinado una cama y habitación tan ricamente adornada... Acostéme, pero en mucho rato no pude conciliar el sueño reflexionando que la fortuna me era propicia y que no debía ya esperar ser desgraciado en Francia. Desperté una infinidad de veces, y el desasosiego que esto me daba me movió una fuerte tos: la señorita Mavil... que dormía en una habitación inmediata dió algunos golpe-

ultos en la pared por si se me ofrecia algo: y ya muy de mañana llamó la doncella á la puerta, y respondi que solo necesitaba agua para lavarme. La trajo al momento y preguntéle si se habia levantado su ama: dijo que si y que venia luego á saber por si misma como habia yo pasado la noche.

Véola en efecto entrar, y despues de habernos saludado y respectivamente preguntado por el bienestar se salió por que dije iba á rezar. Coji un libro cualquiera á falta de breviario, y como noté que me observaban por una redija de la puerta, tan pronto me arrodillaba, como me levantaba, y besaba luego el suelo haciendo las mayores demostraciones de devocion. Salí al cabo de media hora, y encontré á mi bienhechora que me esperaba para desayunarnos. Despues de esto nos acercamos al piano; puso una leccion bastante fácil; y en los intermedios del ensayo que hacia la señorita se animó un tanto la conversacion

de modo que de allí en adelante no nos fuimos indiferentes el uno al otro.

Le merecí á ella la mayor confianza; y como depositario de sus secretos ofreció descubrirme uno de la mayor importancia. Díjome que no habria dejado de causarme admiracion el ver la jóven soltera y rica sin padres y sin parientes viviendo con total independendencia; pero que era hija bastarda del Obispo de Limoges, de quien habia heredado ricas posesiones: me encargó el secreto, y ofrecí guardarlo.

En vista de esto me pareció que la escena actual de la comedia que iba representando exigia de mi parte presentar algo de extraordinario y ofrecer asimismo el descubrimiento de un caso raro. Indiqué por lo tanto á mi señorita que á su tiempo le comunicaria tambien un secreto, y que por de pronto ponla en su noticia que yo no era fraile sino una persona de mucha mayor distincion.

Bastante dije para picar vivamente la

curiosidad de una muger que de otra parte se habia adelantado conmigo en punto á hacer confianzas ; pero apesar de nuestra amistad que iba creciendo de dia en dia y de sus continuas importunaciones, nada consiguió. Se pasaron ocho dias de esta manera, y viéndome estrechado fué preciso salir del apuro.

Tanto quise elevarme en dignidad, que para merecer mas crédito me vali de la siguiente estratagema. Fuime al hospital, llamé al barbero nombrado Martin, y le dije «toma esta carta; vé á mi casa; pregunta por mi, y como te dirán que no estoy debes replicar que traes un recado interesante ; las criadas darán en seguida parte á la señorita; esta saldrá al momento haciéndote una infinidad de preguntas; dile que ha venido un caballero de España que desea verme, y al descuido con cuidado, de suerte que ellano lo a ve, déjate caer en el suelo la carta y marcha. » Le di por

paga adelantada diez francos, y llenó perfectamente su comision.

La carta llevaba el sobre dirigido á D. Francisco Mun español en Brives; y su contenido interior era el siguiente. //Madrid y diciembre 13 de 1810.—Eminetísimo y Serenísimo señor.—Noticio á V. Ema. y A. que hemos recibido carta de la Mamá en que nos encarga decirle que se conserve y que no pase pena alguna. Los del consejo le suplicamos que se mantenga incógnito y que bajo ningun pretexto descubra ser el Cardenal de Borbon pues practicamos las mas exquisitas diligencias para sacar á V. Ema. y A. del cautiverio. Por el correo próximo remitiremos 40.000 francos por conducto del Sr. Obispo de Bayona. Quedamos rendidos á los pies de V. Ema. y A.—Por los S. S. del Consejo.—El Marqués de Mirabel.

Apenas se habia despedido el barbero Martin, cuando la señorita Mavil... coge raca tal; y al efecto de que la meditaso

di tiempo sobrado retirando mas tarde de lo que tenia de costumbre. Llego á la casa, quitome la sotana y me pongo la levita en ocasion que entra llorando la doncella y me dice // No sabe Vm. D. Francisco que la señorita no hace mas que llorar despues que ha venido Martín el barbero, y se ha encerrado en su gabinete? // Salgo acelerado, llamo á las puertas vidrieras, y me quejo de que no quiera abrir, preguntándole los motivos que yo hubiese dado para no querer hablarme: aÑadi que pedia perdon si la hubiese ofendido, pero que tenia el consuelo de dejarla y partir sin saber la causa de tan extraño proceder; y la dije á Dios.

No bien acabé de pronunciar esta última palabra, que se levanta y abre la puerta llorando amargamente. Confieso que no pude resistir, porque al cabo yo era la causa de tanto dolor, y derramé tambien algunas lágrimas. Nos serenamos luego, y principié mis intancias

ponderándole mi confusión y asombro y protestándole de que mi conciencia no me acusaba de haberle dado el menor que sentir: rogué, supliqué con ahinco y con amor; y por fin mi querida prorrumpe otra vez en amargo llanto, se arrodilla a mis pies, y me dice:—V. Ema. me ha traído engañada.—Cayó al propio tiempo aquella deidad en un fuerte desmayo; mi corazón se partía de pena, y mis lágrimas bañaban el hermoso rostro de mi amiga, á quien procuraba volver en sí. Llamé á las criadas, y no sin trabajo pudimos lograr lo que tanto apetecíamos.

Sus miradas y suspiros indicaban sobrado el contraste de su interior; y después de un largo rato estando otra vez solos, usando de un lenguaje respetuoso que me era muy nuevo por lo que yo era y por de quien venía, me preguntó si le perdonaba la libertad que se habla tomado de abrirme una carta: añadió que su corazón le decía ya desde un prin-

cipto que tenia en su compañía á un príncipe, á un soberano: y que no se levantaria de mis pies hasta que la asegurase que estaba perdonada de todas las faltas que habia cometido contra mi real persona.

„ Levántate, le dije, hija mia, cogiéndola de la mano, ya estás perdonada y cuenta conmigo mientras guardes inviolable secreto, pues el faltar á él acarrearía indudablemente grandes sinsabores á entrambos; y haz tambien que los criados hagan otro tanto en el caso de que hubiesen traslucido alguna cosa.” — Así lo prometió de una manera que llegué á creerlo: llamó en mi presencia á los criados, quienes al verme dieron muestras de estar enterados de todo, de suerte que para obligarles al silencio dije que si lo guardaban estrictamente, y quedaba como hasta entonces ignorada en Francia mi persona, les señalaba á cada uno la pensión anual de mil francos.

Como los primeros pasos de la farsa no tenían mas relacion ni objeto que el de gozar de mayor reputacion para con mi querida, y de aparecer como un héroe de novela, me vi en extremo comprometido con el hecho de ser sabedores de todo los criados, y no tuve otro recurso sino el de dar el segundo paso atrevido de asignarles dicha pension, el cual podia en efecto cortar todo progreso al comprometimiento en que me hallaba, si bien podia asimismo contribuir á aumentarlo. Los criados se mostraron muy satisfechos, juraron no descubrir lo que habia pasado, y puestas de rodillas besándome la mano se despidieron.

Debi por fuerza seguir representando el papel con mi niña, y prometí elevarla al rango de la primera nobleza de mi nacion casándola con el marqués de Sta. Cruz grande de España. Me pareció que no le desagradaba semejante matrimonio por mas que no respondia sino con lágrimas, sollozos y exclamaciones acer-

ca del estado de confusion en que se encontraba; y yo por mi parte la animaba manifestándole que todo eran disposiciones del Altísimo y altos juicios suyos incomprensibles.

Serenada un poco la señorita Mavil... dando un profundo suspiro que partió mi corazón, dijo: "Señor, en cuanto á lo que V. Ema. me ha dicho de tomar estado con el marqués de..... debe decirle que.....; pero si V. Ema. es gustoso estoy pronta á hacer en todo su voluntad." — La rogué que me manifestase francamente sus sentimientos: y respondió que siempre abandonaria todas las grandezas del mundo para estar á mi lado, y que nuestra separacion le causaria la muerte. Una tierna escena siguió á tan albagüena declaracion mezclada de protestas del mas acendrado amor y fina amistad, y concluyó poniendo á mi disposicion toda la casa y las llaves del dinero y papeles.

Terminados así unos lances que tenían

agitado mi espíritu y conmovido mi corazón, tanto por traer tan altamente engañada á una muger de quien no recibia sino beneficios, como por los disgustos que podria acarrearame mi ficcion, me retiré á mi gabinete para tomar descanso. Verdaderamente lo necesitaba, pues representé el papel tan fuerte y vivo que cuasi yo mismo me hacia ilusion de que realmente era el arzobispo de Toledo.

Dado el primer paso al delito es muy difícil retroceder; y un crimen conduce ordinariamente á otro mayor. Puesto en silencio en mi retrete me burlaba de la sencillez de mi querida; y no discurrí sino como podria abandonarla y ponerme á salvo despues de haberme bien regalado con sus caudales y hacienda, y dejádola en la miseria.

Tan bárbaros proyectos fueron interrumpidos por la señorita que pidió permiso para entrar y lo verificó con el sastre á fin de hacerme vestidos de lujo y ropa blanca, cuyo coste fué de mil fran-

cos. Dueño de todo compré carruage con dos caballos; gasté con profusion; socorri á mis compatriotas del hospital con camisas, zapatos y demas que les hiciese falta; y no pensé mas que en divertirme durante el espacio de dos meses.

No dejaban no obstante de perturbar mi aparente sosiego los frecuentes temores del desenlace de aquella comedia: me puse triste y determiné irme al campo algunos dias, sin mas acompañamiento que el de una de las doncellas llamada Mariquita: marché á un pueblo distante una legua, donde venia cada dia un criado con un billete de la señorita para saber noticias de mi salud; y á pesar de sus repetidas instancias para que la permitiese venir á verme, no lo consenti á motivo de que era algun tanto murmurada en la villa nuestra amistad y mi conducta y gasto extraordinario. A decir verdad contribuyó tambien á ello el encontrarme muy bien solo con la doncella.

Regresé por fin disfrutar otra vez de la amable compañía de mi bienhechora, precisamente el día mismo en que había entrado una columna de prisioneros españoles. La señorita Mavil.. conocía mi natural inclinación á socorrerles, y como también se consideraba de la misma familia, me invitó á que por la tarde fuésemos á visitarles: di orden para que á las 4 estuviese puesto el coche; y llegada la hora nos dirigimos á la caserna ó cuartel, llevando dos mil francos en un bolsillo.

Llegados á aquel sitio nos apeamos y pregunté á un sargento cuantos eran los prisioneros. Respondió que unos 2000; y en seguida le dije que si podía formarlos les haría una limosna. Hizolo así inmediatamente, y la señorita misma les fué repartiendo la sobredicha suma y algunas camisas y zapatos que mandó traer de varias tiendas.

Al tiempo que esto sucedía se encontraba presente cierta señora de la villa

la cual parecía estar muy atónita y admirada. Esta misma señora fué por la noche á la casa del subprefecto, y contó á este y á los tertulianos que aquella tarde la señorita Mavil... con su fraile habian estado en la caserna repartiendo muchísimo dinero, camisas y zapatos á los prisioneros españoles recién llegados. Esto fué causa de que se hablase tambien de las muchas limosnas que hacíamos á los enfermos cuyo importe no bajaba de 40 ó 50 francos al dia: y no faltó quien dijo que si esto duraba se consumiría muy en breve toda la hacienda de la señorita. Principió á murmurarse mucho de su conducta: y una dama que la apreciaba fué á visitarla el dia siguiente por la mañana, y le manifestó cuanto se habia hablado de ella por tener en su casa al prisionero D. Francisco tratándole como si fuera un principe y permitiéndole que gastase sus caudales con los compañeros de suerte.

Mi querida le respondió dándole las

mas espresivas gracias por el interés que le manifestaba: añadió que sabia muy bien lo que hacia; que en cuanto á su persona nadie mandaba en ella; y que por lo tocante á los caudales seria regular que yo los tuviese toda vez que los gastaba. A tan seca contestacion no supo que replicar dicha señora sino escusarse en razon del cariño que la profesaba y asegurarla que habia hablado siempre en favor suyo y tratado de disculparla.

Es tanto lo que puede el concepto en que deseamos que nos tenga la opinion pública, que la señorita Mavil... sin embargo de estar asegurada en su propia conciencia quiso justificarse con su amiga haciéndola participe del secreto: llegó á aluciuarse hasta el estremo de creer que este seria inviolablemente guardado y que guardándolo quedaria bien puesto su honor con aquellos que lo ignorarian. Despues de una formal protesta de no revelar nada, le dijo mi querida que yo

no era fraile sino una persona de mucha distincion cuya permanencia en Brives hacia mucho honor á la villa y á la casa en que me alojaba , en una palabra, que yo era el Eminentísimo y Serenísimo D. Luis Maria de Borbon cardenal y arzobispo de Toledo primo del rey de España y de la emperatriz de Francia: y con esta ocasion añadió:// vea V. señora, si tengo motivos para hacer lo que hago, y si debe darme mucho cuidado lo que se diga.

La señora quedó absorta sin saber que responder , y pidió que se la concediese el honor de besarme la mano ; pero no se le otorgó por entonces para que yo no supiese que se habia faltado al secreto que aquella nuevamente prometió guardar. Apenas habia empero salido de nuestra casa se fué en derecha á la del vicario general eclesiástico poniendo en noticia suya todo lo que acababa de saber , desconcertándose asi mis planes y comprometiéndome hasta lo sumo.

El vicario general mismo se preocupó extraordinariamente con esta relacion creyó haber tenido presentimientos que le advertian el caso, se le figuró que mis modales desde el primer dia que me vió le parecieron propios de una persona Real: y el comportamiento de la señorita Mavil... conmigo le era otra prueba de la verdad de lo que se le participó. Todo se principiaba á conjurar para hacerme tener por cardenal.

No se pasaron muchas horas sin que el vicario se viniese á visitar á la señorita Mavil... le pregunta por mi, y la reconviene por no haberle confiado un secreto que en nadie podia mejor depositar que en su padre espiritual. Le pidió donde podria hablar á S. Ema. pues estaba resuelto á no marcharse hasta haberle visto. Ella procuraba hacer el desentendido; mas por fin habiéndole dicho el cura que todo lo sabia por la señora Depard, no tuvo otro arbitrio que confesarlo, encargar nuevamente el se-

creto y rogar que yo no llegase á sospechar que habia sido descubierto.

No hubo remedio : el vicario general se hizo acompañar á mi aposento: entró con su sobrino; y ambos se postraron de rodillas á mis pies pidiendo mi bendicion. Confuso y absorto yo no sabia que hacer ni que decir; y este mismo estado violento y de angustias hacia creer á los circunstantes lo que no era verdad y yo no cesaba de negar. En vano procuré persuadirles de su error, hasta llegar á insinuarles que con sus demostraciones inopinadas me hacian creer algun desarreglo en su imaginacion. Todo fué inútil: hube de seguir mi papel: y resistiéndose los dos eclesiásticos á levantarse sin mi bendicion, fué preciso dársela junto con un abrazo.

Quedaron sumamente satisfechos, y yo cada vez metido en nuevos atolladeros sin poder retroceder de mi fingido Cardenalato. Ofreciles que comiesen aquel dia conmigo; lo aceptaron gusto-

ros; y habiendo mandado llamar á la señorita para participárselo me dijo la doncella que no hacia sino llorar en su retrete. Enviéle nuevo recado manifestando que no temiera; y en efecto vino, y echándose á mis pies me pidió perdón por haber faltado á la confianza que en ella deposité. Hicela levantar asegurándola de que no me quedaba el menor resentimiento; y le dije que me dismulara la libertad de añadir dos personas mas en nuestra mesa.

Desde entónces toda la casa y concurrentes me dieron el tratamiento correspondiente á mi alta clase; y el Vicario general me ofreció todos sus bienes y persona. Respondí que no los aceptaba porque nada me hacia falta y aguardaba cuanto antes recibir fondos de España. Me precisó no obstante á darle mi palabra de admitir un cubierto de oro, expresando que era una joya preciosa que yo no podria reusar por haber pertenecido á S. M. Luis XVI mi pariente.

Comimos en una mesa opípara ; fuimos después á paseo ; y al separarnos permiti al Vicario general que con disimulo me besase la mano encargándole muy estrechamente el secreto.

Vuelto á casa quedeme otra vez solo con la niña ; y al cabo de media hora vinieron con recado del Vicario general dos muchachas trayendo una docena de botellas de vino de Alicante y una bonita caja con su cubierto y cuchillo de oro. Todos los dias venia á visitarme, y saliamos juntos á paseo : y las cosas singuleron asi en secreto muy cerca de dos meses.

Como durante estos viese el pueblo lo mucho que me obsequiaba el Vicario general, y hubiese alguna vez reparado que me besaba la mano, principiaron las gentes á formar cálculos diversos y preguntarse unos á otros sobre la calidad de extranjero. Llegó tambien á oídos del superfecto, á quien se dijo en los informes que tomó que yo era el cardenal

de Borbon y que el Vicerio eclesiástico estaba en el secreto, añadiéndole que iba á marcharme ocultamente á España con la señorita Mavil... en tanto que ésta habla dado á componer el coche de viage.

No fué menester nada mas para excitar la curiosidad y vigilancia de aquella Autoridad. Envió orden á mi protectora para que yo fuese á su casa lo mas pronto posible. Me puse en cuidado por el nuevo aprieto que me aguardaba, mayormente habiendo sabido que hallándome en el paseo habia estado á visitarme el procurador imperial. Vime perdido; pero para no dar que sospechar á mi Mavil... aparenté serenidad y Magestad.

Muerto de miedo, como cualquiera podrá figurarse, llego á la casa del suprefecto. Este me recibió con mucho agrado, me mandó sentar; y despues de haberme preguntado por mi salud y por la de la señorita Mavil.. me habló de esta manera.—No extrañe V. que le ha-

ya llamado porque deseo salir de cierta confusión en que me veo: pretendo saber quien es V. y su estado, no quiero faltar á los respetos y honores que le sean debidos: sé que no es V. un simple religioso, y que no es suyo el nombre de que usa: V. es persona de mayor distincion: y así espero me sacará de toda duda.—Mi contextacion fué la de asegurarle que yo no era sino un religioso francisco subdiacono llamado Fr. Francisco Fernandez natural de Salamanca; y que su señoría había sido engañado si me suponía otro nombre y estado.

Cuanto mas traté de persuadirselo, tanto menos me creyó: y por fin me dijo: //No señor, yo estoy muy bien informado de su persona y nacimiento: no se que fines le llevan á S. Ema. á no querer declararse por el Cardenal de Borbon: me consta la correspondencia que por expreso ha recibido de España: no ignoro las limosnas que ha prodigado á sus compatriotas prisioneros las

que no se avienen con el hábito de fraile francisco: y se que trata V. de fugarse con la señorita Mavil... para casarla con el Marqués de Sta. Cruz."

¡Que apurada era mi situación! ¡Cuanto trabajaba mi imaginacion! No sabia que responder, si sostenia mi papel, malo, por que no podia durar: si descubria el pastel, peor, porque me hubiera caido de vergüenza delante de mi amiga y del Vicario general. Pero en fin adopté el medio de repetir al suprefecto que le habian informado mal y que no debia darme mas honores que los que constaban en mi pasaporte. Replicó el suprefecto si me afirmaba á lo mismo, y respondile secamente.—Señor suprefecto mi palabra no es mas que una.— En este estado me mandó llevar á la cárcel previniendo que se me tuviera sin comunicacion en el cnarto mas decente sin faltarme nada; y dispuso que la señorita Mavil... guardase arrestos en su casa hasta nueva orden.

Pensamientos encontrados llenaban sucesivamente mi imaginacion; lloraba sin cesar; y maldecia el instante que formé el proyecto de ser un héroe de novela, pues con haber declarado á la señorita Mavil... mi verdadero estado habria conservado su amistad, ganado mucho mas su amor, y disfrutado sus riquezas de una manera mas estable. No padecia yo menos pensando en el concepto que ella habria formado de mi; y me consoló algun tanto un billete suyo que recibí asegurándome de su afecto y entregándome su corazon para siempre junto con un bolsillo que contenia la suma de dos mil francos.

Sin que se me hiciesen mas preguntas, al cuarto dia á media noche llega un carruage á la puerta de la cárcel; el carcelero me avisa que tome mi equipage para salir de la villa; y bajo la custodia de ocho gendarmes soy conducido á Limoges.

Muy diverso fué el recibimiento de lo

que esperaba. Se detuvo el coche á la puerta de la casa del general, y al apearme me abrazó la autoridad eclesiástica que me aguardaba, y me dijo: " Monseñor, no hay mas que conformarse con la voluntad de Dios:" me tomó la mano y puso en ella un bolsillo con la suma de tres mil pesetas en moneda de oro española, añadiendo que él se encargaría de recoger las letras que me vinieran de España. Entramos juntos al gabinete del general, debiendo yo llevar pintada en mi rostro la congoja y confusión en que me veía. Hubiera con gusto preferido quedar para siempre encerrado en un castillo, á haber de volver á recibir tantos obsequios: pero fuerza era seguir el empeño en que á pesar mio y por chanza me encontraba metido, bien que siempre con la misma resolución de negar para no resultar impostor y para poder decir que de los otros era la culpa de haberme creado cardenal.

Al vernos entrar el general se dirigió

á mi con velosidad, me dió un abrazo, y me preguntó:—¿Que miras puede tener V. Ema. en pasar trabajos manteniéndose incógnito?— Me rogó que no le tratase como á un superior sino como haria á un súbdito y leal vasallo de los Borbones á quienes apreciaba aunque en el dia se hallaba bajo el gobierno de....: y me suplicó que descubriese mi persona pues estábamos solos con el vicaria general, el cual se retiraria tambien si yo lo deseaba.

Respondile:— mi general, me sorprende el tratamiento que V. E. me da; no soy el sugeto que V. E. cree; los papeles que V. E. tiene no son verídicos; el subprefecto está engañado: yo no puedo decir á V. E. otra cosa mas.—Á esto repuso con vigor el General «No, Emo. Sr., estoy muy bien enterado de todo y bajo mi palabra de honor le prometo guardar el secreto si no quiere descubrirse al Gobierno: yo mismo le favorecerè con caudales y pasaportes para-

que nada sufra no descubriendo su persona. //

Este lenguaje que creí sincero, bajo la esperanza de que no se hablaría mas del asunto, de regresar luego á mi patria y salir de una vez de aquel berengenal, me hizo tomar la atrevida resolución de hablar al General, en estos términos. // General, bajo la palabra de honor que acabas de darme, pongo en tu noticia que soy el verdadero Cardenal de Borbon; pero prefero la suerte de simple eclesiástico á la que ha cabido á los príncipes mis primos. //

El general guardó su palabra: y dándome las gracias por la confianza que acababa de hacerle, me manifestó que no le quedaba otro sentimiento sino el de no poder disfrutar de mi compañía, y el de haber de noticiarme que bajo la calidad de simple religioso, segun las órdenes que tenia comunicadas, debía salir al día siguiente sin falta para Montmedi: añadió no obstante que no me

afilgiese porque el pasaporte llevaría la nota de que yo era un eclesiástico de distincion, en vista de la cual seria mejor tratado; y me presentó para socorrerme la cantidad de 5000 francos.

Dime mil enhorabuenas por el feliz écsito de mi última travesura; y llegué á creer que con esto daba fin á mis zozobras viviendo confundido entre los religiosos prisioneros: pero desgraciadamente á cada paso ocurrían nuevos lances que me comprometían seriamente. Se habia divulgado la voz de que yo era Cardenal; y Cardenal debí ser, quieras ó no quieras.

A las cuatro de la madrugada de aquel mismo dia salí en un carruage con la escolta de ocho gendarmes hácia la villa de Sedan donde fui muy bien alojado en una de las mejores habitaciones del hospital en virtud de recomendacion que traia para las monjas de la caridad. Dos dias estuve sin ver mas que á una religiosa llamada hermana Francisca, hasta que vino á visitarme un español co-

nocido por Salvador , sargento que habia sido de las tropas del Marqués de la Romana y casado entonces en dicha villa , por habérselo instado dicha religiosa diciéndole que yo era una persona distinguida de España.

Entró en efecto junto con dicha hermana en mi aposento hallándose en cama con motivo de una pequeña indisposicion ; no habló una palabra : se puso á mirarme hito á hito con la mayor atencion : y al cabo de dos ó tres minutos prorrumpió de esta manera. // Que desgracia es la de V. Ema. ? ; como ! ¿ V. Ema. en un hospital?...

Recibí con estas palabras otro golpe fatal por los nuevos apuros en que iba á verme. Contesté al español: //Caballero , V. se engaña , pues yo no tengo semejante tratamiento y soy un humilde religioso. // Replicóme por el mismo estilo diciendo que me conocia muy bien porque era hijo de Toledo y su familia vivia frente del palacio arzobispal , ha-

biéndome visto mas de cuatro veces en el paseo y en la iglesia. En esto la monja conociendo que nos empeñábamos en algun asunto de interés se retiró dejándonos solos.

Apenas ella hubo salido volvió à decirme con la mayor firmeza el español que no dudase de que me conocia tanto como á su padre. Negué una y mil veces, pero viendo la inutilidad de mis persuasiones, y recordando que me salió bien la confesion pocos dias antes hecha al general adopté el mismo plan. Hícele prometer guardar secreto, y me di á conocer por el cardenal de Borbon.

Este segundo depositario de un fingido secreto no se portó con la lealtad del primero. Las monjas advertidas por la hermana Francisca de que mi persona encerraba algun misterio por lo que habia presenciado; estuvieron espiando el momento de la salida de Salvador para interrogarle. Este salió perturbado y no pudo ocultar su agitacion, esto ayivó

mas la curiosidad de aquellas buenas mugeres: las preguntas se sucedian rápidamente: se vió apurado entre una docena de mugeres preguntonas, como buenas monjas; y para desprenderse de ellas ofreció revelar el secreto á la superiora, bajo palabra de que ella lo guardaria, y le dijo que yo era el Emo. D. Luis María de Borbon arzobispo de Toledo y cardenal de la Escala primo del Rey de España y de la emperatriz de Francia. Repitió en prueba de su aserto todo lo que me habia dicho poco antes, corroborándolo con la sorpresa que mi vista le causó; de lo cual anticipadamente habia tenido noticia dicha superiora por relacion de la hermana Francisca.

En seguida Salvador y la superiora discurrieron como cambiarme de habitacion sin que yo advirtiera el motivo, y sin que sospechara que aquel faltó á lo prometido. La hermana Francisca y otra viejecita vinieron á decirme que me vistiese para trasladarme á otra parte; y

se marcharon diciendo que volverían dentro un rato. Cumplieronlo así y me llevaron á un salon donde habia varias religiosas. Sentéme en una silla destinada para mi , y quedé asombrado mirando á todas partes y esperando el objeto de aquel congreso. La superiora conoció mi turbacion , y trató de disiparla preguntándome con sonrisa si me incomodaba la compañía : contesté que me sucedia todo lo contrario.

En este estado llegó una linda monja de edad diez y ocho años, y dirigiéndose á la superiora le dijo que todo estaba preparado. Esta me cogió entonces de la mano , y junto con dicha monjita me condujeron á una muy adornada habitacion que reusé aceptar por no convenir á un religioso. Quise volverme á la que acababa de dejar ; y he aquí que la superiora se hinca de rodillas, y dándome el tratamiento de Eminencia me suplica que la acepte , aunque no era la que me correspondia : añadió ser la que

ocupaba la hermana María , sobrina del general Mach....., presente en aquel acto.

Echéle una buena mirada y le hice un cumplido ; me pareció aun mas hermosa que la vez primera que le dirigí la vista ; y quedé muy gozoso de que la superiora dejase á su cargo mi asistencia. Hablaron ambas sobre las disposiciones que debían tomarse para que yo estuviese bien servido : y cuando hubieron concluido pregunté á la superiora quien habia descubierto mi secreto. No me pareció regular entrar de nuevo en el empeño de nega ; y me convenia ya un tanto el ser tenido por cardenal para ver y hablar de cerca á la hermana María.

Nada contestó la superiora, y prorumpiendo yo en ágrias quejas contra Salvador porque habia faltado á una promesa hecha á mi real persona , se postraron á mis pies las dos monjas pidiendo que le perdonase pues reveló el

secreto importunado por ellas: „ Levantaos les dije, hijas mías, ya está perdonado, pero con tal que vosotras y él lo guardéis inviolablemente porque tengo poderosísimos motivos para permanecer incògnito.„ Asi me lo aseguraron; y la superiora disculpó á las otras monjas de no haberme dado el tratamiento que me convenia por no ser sabedoras de mi alto rango; solicitó luego permiso para presentarlas á recibir mi bendicion, diciendo que mas valia enterarlas de todo y mandarles guardar secreto por obediencia, que dejarlas en las sospechas concebidas de que en mi habia algo de extraordinario. No me agradó demasiado tanta publicidad, ni flé mucho en el voto de obediencia; pero una vez empeñado por mil, dije en mi interior, empeñémonos por mil y quinientas, y acordé el permiso solicitado.

La madre superiora se salió inmediatamente de mi cuarto y me quedé solo con la hermana Maria. Estuvimos un

fato silencioso hasta que buscamos conversacion en lo apacible de la estacion y en lo ameno del sitio; y cuando principiaba yo á particularizarla sobre lo que pudo inclinar á una niña de tantas prendas á abrazar aquel género de vida entró la superiora con doce religiosas, la mayor parte muy agraciadas; y puestas todas de rodillas me pidieron la bendicion y que las reconociese por hijas.

Hube cuasi de pellizcarme para no perder la gravedad: me armo de todo el valor que necesitaba para no echarlo mas á perder; les doy con magestad mi bendicion; y alargándoles la mano para que la besasen les ayudo á levantarse y les pido que rueguen á Dios me saque del cautiverio ofreciéndoles una buena pension anual durante mi vida.

Me dejaron por fin solo; y yo prorumpia en risas, de cuando en cuando como si me hubiese vuelto loco. Pensaba con lo que dirian en mi regimiento si sabian la comedia; no ménos me entre-

tenia el discurrir sobre las cruces que se harian las monjas al descubrirse tanto enredo : y me divertia con las escenas que aun me aguardaban. Eché por fin mi capa al toro, y // al menos , dije, nadie me quitará el haber salido de miseria y pasádolo mejor que el mismo Rey Fernando , y haberme burlado de una nacion que ha causado la desgracia de mi patria.//

Llegó entretanto la hora de comer, de la que fui avisado por la superiora en persona; y habiéndola rogado que me acompañase, lo rehusó bajo pretesto de que no podia hacer falta en el refectorio , pero añadió que daria orden á la hermana Maria para que lo hiciese en su nombre. A decir verdad no me desagradó el cambio. Llegó en efecto á poco rato; y despues de los cumplidos debidos á mi alta clase y de un intervalo de conversacion indiferente , me dijo muy lastimosamente // ah señor , si V. Ema. me permitiera decir lo que mi corazón sienta

Me prometí una nueva aventura, sin poder empero adivinarla por el respeto que mi dignidad debía infundir á aquella inocente niña. Le contesté con magstad mezclada de galantería que hablase y obrase no siendo cosa contraria á la obediencia debida á la superiora y á los preceptos de la religion. Tomó entonces la palabra y dijo que á ninguno de estos sagrados objetos creia faltar poniendo conforme ponia á mi disposicion los caudales y un reloj de oro que le remitió su tio. Acepté esta última prenda, pero no el dinero por entonces, porque aunque no lo tenia, tampoco me hacia falta y esperaba muy en breve letras de España con todos mis equipages.

No quedó mi monjita satisfecha con esto porque su ofrecimiento era hijo de sincera y buena voluntad. Ecsigió que permitiese llamar á un sastre porque mis ropas no eran las que me convenian; y para vencer mi resistencia me acordó el permiso de hacer lo que

se opusiese á la religion. ¿Quién á la vista de tan dulces súplicas fuera capaz de no ceder, aunque hubiese sido un cardenal verdadero y no *in partibus* como yo?

Concluido esto nos sentamos á la mesa, y procuré obsequiar á mi compañera todo lo que supe y era compatible con nuestro estado respectivo: ella se retirò luego de haber comido, y una hora despues volvió á entrar junto con un caballero que haciéndome un saludo con la cabeza se quedó mirándome de arriba á bajo y se salió haciendo otra igual demostracion. Poco pensaba yo que este sujeto fuese un sastre: pero me lo persuadió su segunda visita que hizo al cabo de dos dias trayendo un paquete de ropa que espresó dejaba por disposicion de la hermada Maria.

Confieso que fui curioso de ecsaminar lo que contenia; y cual fué mi sorpresa al ver un traje completo de cardenal! "A Dios, dije, secreto; todo se ha ho-

cho público ya; y no hay mas remedio que seguir el viento y la tormenta. // Consolábame no poco el saber que en aquel Reino no había inquisicion, y el pensar que no era probable se me aplicase pena de muerte.

Al entrar despues mi monja hice el ignorante de lo que contenia el paquete y tomándolo ella me dijo: // Aqui tiene V. Ema. la ropa que le corresponde // La tomé y miré afectando sorpresa, é hice á su autora mil reconvenciones por haberlo dispuesto sin mi autorizacion, asegurándola que de ningun modo vestiria dichos ornamentos porque era forzoso permanecer incógnito.

Se redoblaron extraordinariamente los ruegos y súplicas de la monjita; yo deseaba de otra parte complacerla y ganar su afecto; llegó en esto la superiora que instó lo mismo; y persuadido de que la casa del sastre habia sido un público pregon, me decidí á usar el nuevo traje, abandonándome enteramente á la suerte, resuelto á todo.

Se retiró la hermanita para darme tiempo de vestirme; por si me observaban me arrodillé como quien hace un rato de oracion; deslié en seguida el paquete y encuentro por primera prenda una preciosa cruz de oro y un anillo con un diamante: saqué lo demas que registré de arriba abajo dándole vueltas: no sabia como ponerme los vestidos ni por donde empezar porque en mi vida las habia visto mas gordas: y me arrepentí de mi arrojo, pues iba á quedar mal en lo que al parecer debia presentar menos dificultad.

Afortunadamente hice memoria de que en una antesala, aunque bastante obscura, existia un retrato ó imágen de algun santo cardenal; y por él saqué el orden de mis vestiduras. Héteos aqui á un pobre sangentillo hecho de repente un prelado de la iglesia. Solo me faltaba poner la cruz el anillo cuando entró la monjita; y ella, segun dijo, quiso tener el honor de ponérmelo por si misma.

Llegaron en esto la superiora y demas monjas que quisieron recibir mi bendicion y se la di sin hacerme rogar. Todas me ofrecieron sus personas y escasas facultades: y dándoles por ello las mas espresivas gracias les pedí que rogasen al Señor en sus oraciones por mi salud, y para que me restituyese cuanto antes á mi silla, en cuya ocasion sabrian quien era el Cardenal de Borbon, señalándoles por de pronto la pension de mil francos á cada una durante mi vida.

Es inexplicable el gozo de aquellas buenas mugeres. Se pasó aquel dia sin ofrecerse otra cosa remarcable. Al siguiente entró la superiora en mi habitacion junto con dos señoras, la una de las cuales era la Baronesa de... y la otra habia sido camarista de la Reina Antonieta de Francia. Leyó la superiora en mi interior la sensacion que me habia hecho aquella visita, y principió escusándose con la calidad de las personas y conque eran de toda confianza y podian

con su amena conversacion disminuirl el fastidio que debia causarme la soledad. No habia ya remedio; y fué preciso dejar de mostrarse enojado.

Se arrojaron ambas á mis plantas: la camarista prorrumpió en amargos sollozos recordando las desgracias de su ama, y manifestó satisfaccion al mismo tiempo por habérsele proporcionado la ocasion de besar la mano de un Borbon. No pude menos de enternecerme, y la levanté cogiéndola de los brazos suplicándole que no se afligiese ni contristase mas mi corazon.

Serenados los ánimos sacó la Baronesa de su bolsa una caja de oro para tabaco con un retrato de Luis XVI; y me dijo le perdonase la libertad que se tomaba de ponerla á disposicion mia, no por su valor sino paraque yo tuviese el gusto de besar la imágen de aquel mártir de la Iglesia y primo mio. Tomé la caja; miré al retrato; y como hubiese principiado á fingir era del caso hacerlo bien,

saqué mi pañuelo y figuré entermecermo. Entró cabalmente la monjita en el acto que hice la demostracion de acercar mi pañuelo á los ojos, y me quitó la caja de la mano para hacer cesar mi afliccion.

La tenia en verdad, pero era porque no consideré bastante pagado el peligro á que me esponian tales enredos. Se marcharon por fin aquellas señoras pidiéndome licencia para visitarme diariamente y se la concedí encargándoles estrechamente el secreto. Lo prometieron, mas no esperó demasiado que lo cumpliesen aunque eran señoras de callidad: secretos confiados á mugeres me engolfaron en un plan que por fin de fiesta terminó con mi prision. El sastre fué el único que calló; y el haberlo yo creído al revés fué la causa de que tomase el traje de Cardenal y me comprometiese hasta un grado que ya no fué posible retroceder.

Se pasó un mes de esta manera recibiendo visitas de dichas señoras y de otras

agregadas que me regalaban fondos. Cierta sábadó que el vicario general habia venido para confesar á las monjas, la superiora le dijo que no se fuese sin subir á visitar á una persona que habia en la habitación de la hermana Maria. Le acompañó dicha superiora sin advertirle previamente la menor cosa, y fué grande su sorpresa al encontrarse en la presencia de un cardenal sin saber como ni por donde habia llegado á la villa.

No es fácil ponderar el aturdimiento de dicho eclesiástico anciano que contaba por lo menos la edad de 65 años: me causó verdadera compasion; y esta es la vez que cuasi me pesó mas el haber usado de tanto fingimiento. Procuré darle espíritu y le ayudé á levantarse de mis pies: en este estado le preguntó la superiora sonriéndose si sabia con quien estaba y á quien habia pedido la bendicion. Respondió que bien sabia que era un príncipe de la iglesia pero no tenia

el honor de conocerme. Y al saber mi nombre y cualidades volvió á arrodillarse pidiendo le disimulase la libertad que se habia tomado de entrar en mi gabinete aunque acompañado de la madre superiora. Despues de un rato de conversacion, durante la cual quedó el cura muy satisfecho de mis fingimientos, se retiró ofreciéndome con vivas instancias sus bienes y persona.

Apenas habia bajado la escalera entró riéndose mi monjita de lo mucho que el cura habia reñido á la superiora por no haberle avisado de antemano: y me dijo que no tardarian á llegar por disposicion suya una docena de botellas de vino generoso: como en efecto asi se cumplió.

Otros 15 dias se pasaron sin mas ocurrencia particular, sucediéndose las visitas y regalos de las señoras y del cura iniciados en tan altos misterios. Durante aquellos se divulgó el secreto en el depósito de prisioneros españoles que ha-

bia en un pueblo distante cuatro leguas. Vinieron á tropel algunos sargentos y varias mugeres presentándome memoriales para que les socorriese; y ninguno se marchaba desconsolado.

No tardó á llegar todo esto á noticia del gobierno. Cierta dia hallándome con el vicario general y la monjita vino la superiora muy ufana, como si hubiese ganado un jubileo, y nos contó que acababan de estar en su habitacion el general y el prefecto á informarse de la verdad del hecho, y que no habia podido menos de hacerles una esplicacion minuciosa de todo, sin descuidar la advertencia de que S. Ema. se hallaba de incógnito. Añadió que en vista de esto le habian manifestado que al otro dia vendrian á tributar el debido homenaje á mi real persona, para lo cual las señalase hora.

Recibí un golpe fatal. Fluctué sobre lo que debería practicar; y por todos lados se me ofrecian terribles escollos. Reflec-

sionaba que si entre las personas que
 viniesen á obsequiarme habia alguna que
 conociera al verdadero Cardenal estaba
 perdido, y la vergüenza y la desespera-
 cion serian el pago de mi atrevimiento:
 y que si me resistia á recibir á las auto-
 ridades daba que sospechar á las monjas,
 al vicario general, y á las demas perso-
 nas de quienes me era sumamente grata
 y útil la amistad y confianza. Es inex-
 plicable mi confusion, como podrá ima-
 ginárselo cualquiera poniéndose un mo-
 mento en mi lugar; jamas el negocio
 habia tomado un caracter tan serio: pe-
 ro por fin llamando á mi socorro todo el
 valor y constancia que habia aprendido
 en los combates y fatigas de la guerra,
 resolví sostener mi papel y mi palabra.
 Dije en consecuencia á la superiora que
 hiciese saber de mi parte al Sr. General
 y al prefecto que á las once de la ma-
 ñana me encontrarán dispuesto á reci-
 birles.

No dormi ni descansé un instante

aquella noche: toda entera la pasé cavilando sobre mi futura suerte: y á veces me pareció que desde el besamanos iba sin remedio á un calabozo. La dificultad estaba principalmente en el modo de evadir algunas preguntas que indefectiblemente se me harian; pero creí vencerla mediante afectar ignorancia del idioma; responder bien champurradamente de manera que no me entendiesen ni se atreviesen á repreguntarme; y revestirme de un aire magestuoso é imponente que les retragese de importunarme con demasiadas cuestiones. Formada así mi resolución me levanté á la hora acostumbrada.

Llegó al cabo de poco la monjita encargada de mi servidumbre y me rogó que me retirase á la habitación de la superiora á fin de adornar la mia para el recibimiento del General y del prefecto. Obedeci, pero con un corazón tan oprimido como pueda tenerlo un reo al trasladarse á la capilla.

Despues de hora y media viene mi monjita y tomándome la mano me conduce otra vez á mi aposento que encontré adornado con colgaduras de seda, un dosel de terciopelo morado con tres sillas poltronas de lo mismo, una rica araña de cristal, candeleros que parecian de oro, y ramilletes de flores por todas partes. Me pareció entrar en el paraíso; mas mi espíritu no estaba dispuesto á gozar sus dulzuras: todo mi anelo era mirar el reloj y contar los minutos que faltaba para las once.

Estaba tambien conmigo la superiora y entrando la portera le dijo que el General y demas autoridades acababan de llegar y la aguardaban en su habitacion para hablarla. Se fué corriendo: el General la encargó me entrase recado para saber si estaba dispuesto á recibirle; y respondi que pasasen adelante.

En ninguna accion de guerra necesitó tanta serenidad y valor como en esta ocasion. Entran el General y el Prefec-

to con toda su corte compuesta de unas veinte personas: me levanté de mi silla llon colocado debajo docel: hice señal de venia al General destinándole la silla que estaba á mi derecha; luego ejecuté lo mismo con el prefecto colocándolo á mi izquierda: y en seguida dirigí la voz á los demas para que se sentasen, conforme asi lo ejecutaron.

El que primero me habló fué el General diciéndome que habla quedado absorto al tener la noticia de mi desgracia y que deseaba saber la historia da este suceso extraordinario. Aqui fué preciso aguzar mi ingenlo: y para ganar tiempo y prevenirme le contesté: „General, es muy largo de contar; y únicamente hallándonos solos podré explicártelo.“

Despues de esto, y mientras estábamos en conversacion sobre puntos indiferentes, entró una monja el recado de que las señoras del General y del prefecto deseaban besarme la mano: dí

acto continuo mi permiso, y vivieron acompañadas de la misma monja: me levantó al divisarlas, y al llegar cerca de mí se arrodillaron á mis pies tomándome la mano para besarla, y se lo permití. El general cedió la silla á la señora del Prefecto, y este á la del General; y héteme aquí colocado en medio de dos damas principales y no malas mozas.

Se retiraron las autoridades con su comitiva, besándome todos la mano y diciéndome el General que volveria despues de comer. Quedé solito con las dos señoras, que por cierto no me desagradaban, muy contento de haber salido de aquel paso con felicidad aunque con zozobra por el que me esperaba dentro pocas horas. Ambas señoras se despidieron por fin tambien ofreciéndome sus personas y cuanto poseian.

Se acercó la hora de comer y me senté á la mesa con mi monjita, como era de costumbre: y estando comiendo llegó

una guardia de honor de un sargento, un cabo y ocho soldados que me mandó el General, junto con una ordenanza de gendarmería que estuviese á mi disposición. Todo iba bien, subiendo yo á cada paso de tren y ostentacion para que fuese de mas alto y mas peligrosa la caída.

Apenas nos habiamos levantado de comer llegó otra vez el General; nos quedamos solos; principié la historia de mi desgracia que procuré fuese corta y enigmática; y el General demostró quedar satisfecho, tal vez por política, y creído quizás tambien de que yo por la misma causa nada referia de interesante. Sea como quiera no vaciló un momento en orden á creer que yo era el cardenal de Borbon. Me convidó á dar un paseo; llamó á la ordenanza para que la generala viniese á buscarnos con el coche; y al parecer estaba ya todo prevenido de antemano, pues al instante llegó dicha Sra. con el coche y sus cuatro caballos ricamente enjaezados. Al mismo

tiempo se presentaron á la puerta de coraceros con un sargento y un cabo.

Mas habilidad habia en contener la risa que de cuando en cuando me acometia con vehemencia, que en presentar tan alto puesto. ¿ Quien era capaz de contenerse al ver los batidores preparados? El General pidió mi beneplácito para dirigirnos á un pueblecito distante media hora levantado por los españoles prisioneros; y se lo acordé: hizo en seguida adelantar cuatro coraceros á todo escape hácia el pueblo á fin de avisar á las autoridades que nos recibiesen conforme correspondia: y caminando nosotros despacio para dar tiempo, el general obsequiaba á mi moajita que me servia de page y yo á su señora.

Fuimos recibidos con repique de campanas, y solo se oian repetidos gritos de ¡viva el cardenal de Borbon! Las autoridades y personas de distincion nos salieron al encuentro: bajamos del coche y era preciso que los coraceros nos

hiciesen paso entre la multitud que se agolpaba para verme y besarme la mano. Nos condujeron en derechura á la Iglesia, y de allí á visitar lo mas precioso de la poblacion. Repartí bastante dinero entre los españoles que trabajaban en obras públicas, y no fui menos generoso con algunos pobres franceses.

Regresamos antes de anochecer; y durante el camino yo mismo estaba admirado de mí por la seriedad con que me portaba y por el engaño que tenia á tantas personas respetables. Nos apeamos en el palacio del General donde entramos; y despues de sentados en un gabinete me preguntó la Generala si estaba fatigado porque el carruage no era muy cómodo: respondí con el cumplido adecuado á tanta cortesía. Era una señora de treinta y tres años de edad, bastante bien parecida; su marido pasaria sin duda de los sesenta; su amable conversacion y trato me interesó en extremo, y llegué á formar el atrevido concepto de

que yo no le era indiferente, en tanto que tuve motivos fundados de sospechar que hubiese causado celos á su esposo.

Nos retiramos por fin al convento á las once de la noche acompañándonos el general y varios oficiales que estuvieron de tertulia. Quedé libre de tanto cortesano que me rodeaba y abrumaba: y solo con mi monjita, á quien observé bastante mal humor durante la tarde y noche, le dirigí la palabra, y me respondió con un tono grave y no acostumbrado. Luego conocí que esta seriedad era causada de celos; pero quise saberlo por ella misma: no fué difícil, porque eran todavía mas sus ganas de decirlo. Contestó á la pregunta, que todos mis obsequios habian sido para la generala con quien me habla divertido perfectamente sin hacer caso alguno de ella: y aunque traté de persuadirla de que nadie mas poseería mi estimacion, y que era preciso entre las personas de alto rango usar de aquellos cumplimientos,

no creo que quedase satisfecha. Manifestó sin embargo estarlo al despedirse para trasladarse á su habitacion.

Agitada en consecuencia por otro estilo se pasó aquella noche. Era muy temprano todavía, pues apenas serian las ocho de la mañana del día siguiente, cuando vino el General y me hizo darle la palabra de comer con él: lo cumplí; y se repitió lo mismo otras veces. Igualmente le tuve yo convidado; y de este modo sin acontecer novedad notable, se pasó cosa de un mes, visitándome con frecuencia las personas principales de la villa y recibiendo de ellas muchas cantidades de dinero.

Parecíame ya que esto debía durar siempre así sin ocurrencia alguna que me comprometiese; y sobre todo estaba muy lejos de recelar que me esperase una de tanta gravedad como la que se oirá. Cierta día por la mañana me entró recado la monjita de que estaban allí el General y el Prefecto, quienes querían

hablarme. La visita de los dos juntos me pareció tenía algo de extraordinario: y se aumentaron mis zozobras cuando principiaron diciendo que venían para que les acordase una gracia en la cual ellos y la población tenían el mayor empeño. Exsigieron antes mi palabra de que les complacería; y habiéndola obtenido mientras de ello no resultase perjuicio á mi salud y á mi estado, dijo el General que venían en nombre de las autoridades y del pueblo á rogarme que el día siguiente celebrase los oficios divinos por ser el del santo patron de la villa. Añadió que era costumbre solemnizarlo con pompa, y que aquel año sería completa haciéndoles yo tanto honor.

Recibí un golpe mortal: no sabia que responder: buscaba excusas: y por todos lados eran soltadas las dificultades. Me veía altamente comprometido, y confiando en mi travesura de ingenio determiné contestarles que lo haria. El ca-

so era salir del apuro del momento y ganar tiempo para resolver despues con mas acierto cuando me encontrase metido en un ceremonial acerca del cual no entendia palabra. Traté sin embargo de tranquilizarme en la parte que pudiera esto parecer un desprecio de la religion, diciéndome á mi mismo que no lo hacia sino para aliviar mi desgraciada suerte. para ausiliar á mis compatriotas, y para vengarme de esta manera, ya que no podia con las armas, de una nacion que causaba la ruina de mi patria.

Me dejaron por fin solo; y esto era lo que yo deseaba para entregarme enteramente á discurrir los medios de salvarme de aquella tormenta. Ningun pensamiento me parecia bien; y tan pronto me ocurría una idea como las dificultades que la hacian impracticable ó poco verosimil. Mi agitacion fué extremada todo aquel dia; y la noche la pasé sin cerrar los ojos un instante. Era muy de mañana que me levanté sin haber toda-

ya resuelto cosa alguna, y entre las muchas que me ocurrieron como mejores, dejé la eleccion para el momento mas crítico segun las circunstancias.

A las ocho y media se presentaron tres ricos coches á la puerta: toda la guarnicion estaba formada: á las nueve y media llegaron las autoridades á buscarme para acompañarme á la Iglesia: se me dijo que todo estaba preparado: el General expresó que á la vuelta iria á su casa á comer con el, y que tambien vendrian la superiora y la monjita: y di en consocuencia la órden para marchar.

Salimos atravesando por medio de un inmenso gentio que habia acudido de todos los pueblos situados á tres leguas en contorno, con música, griteria y repique de campanas. Llegamos á la Iglesia habiéndonos recibido en la puerta seis capellanes y el vicario general quienes me condujeron al altar mayor, donde hice oracion por mucho mas tiempo del regular á fin de discurrir lo que de

beria hacer. Apurada era la situacion del pobre Cardenal; y confieso que se hallaba comprimido mi espiritu.

Como la Iglesia no era muy grande y estaba de otra parte sobrecargada de gente, me pareció que lo mejor era fingir una congoja, de cuya realidad no estaba muy distante por lo combatida que se encontraba mi imaginacion, y por lo poco que habia comido el dia anterior. Tomada esta determinacion me dirigí á la sacristia y me dejé caer encima de unas tablas. Los circunstantes se disputaban el honor de socorrerme: otros fueron á avisar la novedad al General; luego corrió la voz entre la gente que habia en el templo; y legos de haber nadie sospechado que fuese una ficcion, todo el mundo fué de dictamen que así debió suceder atendido el mucho gentío y el grande calor que hacia,

Me frotaron las sienes y labios con espíritus; y cuando principié á dar muestras de un poco de alivio pedi agua. No

hubo quien se atreviese á recordarme que debia ir á celebrar, y esto era lo que yo queria; bebi, y en consecuencia se dispuso que supliese mis veces el capellan destinado para decir la misa postrera.

Permaneci en la sacristia muy obsequiado del General y de otras personas que no me dejaron. Yo me iba aliviando á proporcion que se concluia la misa; el general deseaba que nos retirásemos yo para mejor representar el papel, y con el objeto de no dar que sospechar contra la identidad de mi persona, dije que queria salir á dar la bendicion al pueblo. En general y su esposa lo resistian por temor de un nuevo accidente; pero en vista de mi resolucion manifestaron agradecer tanta bondad.

Tomé en efecto el sobrepelliz y la capa, y agarrado de las manos del general y del Cura me coloqué en el centro del altar mayor y di mi bendicion; despues de lo cual volví á la sacristia apa-

reantando hallarme muy fatigado. Todas las personas que me rodeaban elogiaron como un acto de valor el simple hecho de haber andado media docena de pasos para bendecir al pueblo; y me lo agradecian como un favor extraordinario y singular.

Yo quedé todavía mas satisfecho que ellas de esta memorable jornada; me parecia un sueño lo que estaba pasando; y á pesar de verlo no podia cuasi creer que nada se sospechase de mi farsa. Salimos por fin de la iglesia y llegamos á la casa del general donde habia una fuerte guardia que me hizo los honores correspondientes á una persona real. Continué haciéndome del fatigado, y las dos monjas y la generala no cesaban de observarme y preguntar por mi bien estar.

Procuré no obstante mostrarme poco á poco enteramente restablecido porque se acercaba la hora de comer y debia reemplazar lo perdido durante las veinte y cuatro horas de terribles angustias.

Veinte y dos personas nos sentamos á la mesa, habiendo durado la comida desde las dos hasta las seis: y luego fuimos á dar un paseo, acompañando yo á la generala, y el General á la superiora y á la monjita, viniendo ademas un séquito de oficiales y otras personas de distincion.

Hubo aquella noche gran tertulia en la casa del general. Habia preparada entre otras diversiones una orquesta, que segun me dijo estaba espresamente destinada para obsequiarme. Le di á entender que otra vez podria escusarlo porque esto no convenia á mi estado ni lo permitian las circunstancias de una guerra tan sangrienta como era la que se hacia en mi pais. Replicó entonces el General // Si S. Ema. gusta se mandará suspender porque no tengo aqui otra persona á quien obedecer mas que á S. A.//; pero yo respondi que no queria privar á los concurrentes de aquella diversion.

Entramos en seguida en el salon de música, adonde se trasladó tambien lo

mas escogido de la reunion. Avistarme, levantarse todo el mundo, y romper la música, todo fué obra de un momento. Luego despues de este saludo, parando la música, me pidieron las señoras mi bendición que les di levantándome y poniéndose ellas y demas personas de rodillas: y consecutivamente previo permiso que me pidió el General, principiò el concierto. No se tocaba ni cantaba pieza alguna sin que antes se me pidiese la vènia; y tuve la satisfaccion de concederla á una linda niña de diez y seis ó diez y siete años que cantó á maravilla, á la que en demostracion de lo que me habia gustado le prometí dos mil francos de pension anual durante mi vida y la convidé á comer para el dia siguiente, conforme lo ejecuté y octuve con aquella ocasion su buena amistad.

Al cabo de tres ó cuatro dias se presentó otro lance no menos serio que el anterior: el feliz resultado de este me habia hecho mas atrevido: no habia co-

sa que me arredrase : y llegaba á desear fuertes comprometimientos para tener el gusto de vencerlos. Vino por la noche el General á visitarme y dijo que me participaba que la Emperatriz venia de Mayence y llegarla el día siguiente á Messières pueblo distante cuatro leguas de allí; y añadió haber pensado que no fuera malo que yo le escribiese poniendo en conocimiento suyo mi desgracia y suplicándola al mismo tiempo la merced ó permiso de residir fijamente en aquella poblacion.

Respondí al general que aprobaba su idea , y que no se me ofrecia otra dificultad sino la de no saber por quien hacer entregar la carta en sus propias manos. //Esto corre por mi cuenta, replicó el general, y la llevará el coronel comandante de los lanceros.// Ya no hubo medio para dejar de hacerlo, y al día siguiente á las siete de la mañana envlé al General un escrito que decia así :

„ Sedan agosto 13 de 1813.

„A los pies de S. M. la Emperatriz.

„Querida prima : te noticio que mi
„desgraciada suerte me ha colocado en
„la de prisionero incógnito en calidad
„de religioso , y me valgo de la ocasion
„de tu paso por esa para escribirte su-
„plicándote que alivies mi suerte luego
„de tu llegada á Paris donde sabrás co-
„mo ha sido : solo te ruego el honor de
„ver tu contestacion y firma.

„Tu primo rendido á tus pies

„LUIS MARIA DE BORBON

„*Cardenal de Escala.*„

Esta carta fué entregada á la Empera-
triz en medio del camino , y así que vió
la firma dió la órden para que el por-
tador siguiese la comitiva hasta llegar á
Reuss... donde debían hacer descanso.
Siguló en efecto hasta allí el comandan-

de lanceros, á quien llamó despues la Emperatriz y poniendo en sus manos una carta le dijo que la entregase á su primo; y acto continuo le dió otra para el General.

Eran las diez de la noche del mismo dia 13 que regresó aquel oficial, y entrando en mi gabinete, previo el recado de etiqueta, me entregó una carta substancialmente concebida en estos términos, pues la original me fué quitada en las aventuras que mas adelante se verán-

„Re..... (1) agosto 13 de 1813.

„Querido primo: á la distancia de seis leguas de esa he recibido tu aprecia-

(1) *No siendo posible leer en el original el nombre entero de esta poblacion y de alguna otra de que se hace mencion mas adelante, ha parecido mejor poner tan solo las letras legibles para no espersarse á saltar á la exactitud.*

«La carta que me ha causado mucho
«dolor viendo tu situacion. Por ahora
«no puedo aliviar tu suerte, pero orde-
«no al general que te de los honores
«que te pertenecen. Luego de llegada á
«Paris procuraré aliviarle.

«To prima,

«MARÍA LUISA

«Emperatriz de Francia.»

Aunque todo era una farsa no dejé de tener cierta satisfaccion al recibo de esta respuesta y pareciame que era yo realmente el cardenal de Borbon. Mi fantasia me llevaba hasta el extremo de creer que si en las reyertas de España venia á morir el verdadero Cardenal de una manera que ofreciese duda, como sucede en batallas y en revoluciones, seria yo reconocido por tal hasta mi muerte. Conozco ahora que comenzaba á es-

tar tocado de cierta mania sobre el particular.

Apenas se difundió la voz de este hecho vinieron gentes de todas clases á festejarme: tuve guardia de honor con oficial y cuarenta hombres: me hallaba lleno de gloria viendo formarse la guardia con tambor batiente cada vez que entraba y salía: y muy amenudo exclamaba yo // ha tontos, cuan engañados vivis! // y tambien con igual frecuencia decia // ¡ah pobre Mayoral si se llega á descubrir, tu cabeza saltará del cuello! // Vino el día siguiente por la mañana el General á decirme que tenia órdenes de la Emperatriz para que nada me faltase.

Diez días se pasaron con obsequios, siendo yo públicamente reconocido por el Cardenal de Borbon, cuando el undécimo á las dos de la madrugada vi venir al convento el general y el prefecto, y llamando á la superiora le dijeron que viese como podría hacerse saber á su Eminencia la muy funesta noticia de la

órden llegada de París para que inmediatamente marchase á la fortaleza de Lille en Flanes: añadieron que todo estaba prevenido y que era preciso avisármelo sin dilacion.

Tan inesperada novedad llenó á las monjas de consternacion: entraron muchas de ellas á tropel junto con dichas autoridades en mi aposento; me sobresalté al ver tanta gente con luces, y al oír sollozos: la monjita me abraza; otra me besa la mano: y el General acercándose me dice: — *«Emo. y Sermo. Sr., tengo el dolor de comunicar á V. Ema. la órden de S. M. I. para que marche inmediatamente; y todo está prevenido debiéndose levantar testimonio de la hora de la salida.»*

Sorpresa semejante no es fácil describirla, pero me quedó todavía un rayo de esperanza en el tratamiento que el General me daba, en términos que no dudé de que en París se me tenia por el Cardenal. Resolví por tanto no des-

«oir mi papel, y respondí con ánimo sereno y tono humilde. «Hijos míos no hay que suspirar sino conformarnos á la voluntad de Dios y á las órdenes del soberano.» Al oír esto se pusieron á llorar todos los que se encontraban presentes, y reparé que decían que mi resignacion era la de un santo.

Salióse luego toda la gente del cuarto; me vesti á toda prisa, preparé mi maleta, y era muy poco entrado el dia que me hallé en disposicion de salir de la villa. No se como ponderar el despido de las monjas, todas llorando me pidieron cien veces la bendicion, me rogaron que no las olvidase, y se lo prometí de veras: la monjita pidió permiso de acompañarme hasta la primera poblacion donde fuésemos á pernoctar, y yo le respondí que el de la superiora debia solicitar porque el mio siempre lo tenia concedido. No le costó mucho alcauzarlo, pues mis insinuaciones eran preceptos para aquellas buenas mugeres, y así

fué que tuve compañía hasta la villa de Messières para donde salí en un carruaje escoltado por ocho coraceros y cuatro gendarmes, habiéndome acompañado el General y otras personas muy cerca de media hora de camino.

Como la referida villa era depósito de soldados españoles prisioneros, y se habia esparcido la voz de mi llegada, encontramos á una porcion de ellos que habian salido á recibirme y me saludaron con repetidos vivas al Cardenal de Borbon. Esto pasó, entramos en la villa, y llegué á la posada que de antemano se me preparó. No habia aun pasado media hora, que vino á cumplimentarme el capellan del depósito. Este despues de un ratito de conversacion general la hizo recaer sobre su persona y se me quejó ágríamente del Cura de dicho pueblo porque desde algun tiempo no le permitia confesar á los prisioneros españoles ni suministrarles los otros sacramentos. Le pregunté si habia dado al

gun motivo para ello , y habiendo contestado que su conducta era irreprehensible como resultaria de los informes que yo tuviese á bien tomar, le dije que hiciese saber al Cura que yo tenia deseos de hablarle , y se marchó.

No tardó mucho tiempo á venir , me cumplimentó como mejor supo, me ofreció cuanto tenia, y me preguntó cual era el objeto porque le habia llamado. Traté de averiguar los motivos que tuviese para haber suspendido las licencias al cura español , y habiendo conocido que eran simples rivalidades , le reconvine con magestad , le hice presente el cargo de conciencia en que se hallaba porque los españoles no recibian socorros espirituales, y añadí que yo no podia mirar con indiferencia que mis compatriotas muriesen como bestias. Prediqué como un misionista , y el cura me prometió que no le impediria en adelante el ejercicio de su ministerio.

La monjita no gustaba de estas visitas

porque le robaban los momentos que habia destinado para despedirse de mí. Lloraba de continuo; apenas probamos un bocado de la espléndida cena que nos pusieron; nuestras miradas eran el reflejo de nuestros corazones partidos de dolor. "Mi soberano, me decia ella con amargo llanto, se acaban las horas de mi felicidad, y llega el momento terrible de perder á un padre y aun amigo..." Me recordó mi promesa de que la permitiria seguirme en Francia, en España, y en todas partes; y se caía cuasi desmayada á mis pies. Yo la queria y no me era menos dolorosa la separacion debia no obstante guardar circunspeccion por el traje que vestia; y era forzoso evitar todo motivo de escándalo en la casa.

Procuré consolarla llenándola de esperanzas que desmentia mi corazon: le prometí bajo palabra de príncipe y cardenal que llegando á mi destino practicara las diligencias convenientes para

que me siguese á donde quiera que yo parase : la hice presente que no debía dudar de mi cariño, pues la separacion era hija de una órden soberana, y que si voluntariamente hubiese debido hacerlo jamas me habria movido de su lado : en fin la dije que poseeria mi corazon hasta morir.

Llegó el momento de partir á las 4 de la madrugada ; y dándome mi amiga el último abrazo, y recordándome que yo habia sido su primer amor, puso en mis manos un paquetito que contenia la suma de tres mil francos.

Con estos y con dos mil mas que yo traia de Sedan tuve para regalarme muy lindamente en el viage para la ciudadela de Lille. Los gendarmes mismos que me conducian iban publicando por todos los pueblos del tránsito que yo era el Cardenal de Borbon ; y esto, era causa de que me viese continuamente obsequiado. Pasé por algunos depósitos de prisioneros españoles, y en todos ellos

dejé bastante dinero, pues no estaba en mi dejar de socorrerles viéndolos tan miserables.

Otra de las jornadas fué la de la llegada á Valenciennes, donde como de costumbre fui alojado en la cárcel aunque en una habitacion muy decente. Llegamos muy temprano y tuve deseos de saber si por alli habia tambien compatriotas míos: lo pregunté á la hija del carcelero que era mas hermosa que esquivá, y me respondió que conocia á un sargento llamado Juan Bautista el cual me daría razon de todo. La encargué que lo enviase á buscar, bien distante de sospechar que su visita tuviese los resultados que luego se verán.

Vino al momento el buen hombre, y como iba enterado de que le llamaba el Cardenal de Borbon entró haciendo los honores debidos á una real persona. Me dijo que en aquel hospital habia seis oficiales enfermos y que en un pueblo distante cosa de unas dos horas habia un

depósito de individuos de dicha clase y un general. Dije que hubiera sido gustoso de verlos ; y al oír esto el sargento se fué el mismo á participarles aquella novedad.

Algunos de dichos oficiales como verdaderos patriotas y leales vasallos de su soberano se presentaron sin pérdida de tiempo, siendo otro de ellos el coronel D. Juan Sandoval , el teniente coronel D. Luis Chaparro , otro llamado Iselme y otro Losada con sus señoras esposas. Confuso me hallé al recibir el recado de tantas personas que querian besarme la mano : mi temor era grande de que hubiera quien conociese al cardenal de Borbon.

Entraron en ocasion que me hallaban conversando con la hija del carcelero habiendo servido de introductor el sargento Bautista. Al acercárseme doblaron todos sus rodillas ; y yo lastimándome y haciendo como quien se afligia , les eché la bendiccion y diles á besar la mano : á

las señoras se la di tambien para ayudarlas á levantarse.

Hice que se sentasen y principi6 una larga conversacion. Unos me decian : // ; Cuantas guardias he hecho en el palacio de V. Eina. ! // Otra aña dia // Luego que vi á V. A. le he conocido. // Otros manifestaban haberme visto en Toledo paseando con mi hermanita : y otro en prueba de que me conocia dijo haber servido en el cuerpo de reales guardias de corps. Yo viéndoles tan ciegos y preocupados creí que la Providencia queria que siguiese mi papel , y no temiendo ser descubierto quise que se quedaran á comer conmigo.

Habia de hacer descanso el dia siguiente ; y con este motivo, ó en vista de la relacion que hicieron aquellos oficiales á sus compañeros, se me presentó el brigadier D. Joaquin Navarro y otro gefe con el comandante del depósito y un capellan. Me dieron el tratamiento y honores correspondientes ; y

ya nadie dudaba en la poblacion ni entre los oficiales del depósito de Condé, de que yo era el arzobispo de Toledo.

El general francés mandó á llamar al brigadier Navarro y otros oficiales; é informado y asegurado por ellos y por los papeles relativos á mi traslacion á Lille; de quien era yo, vino inmediatamente á tributarme sus obsequios abrazándome y pidiéndome perdon de no haberlo hecho antes por parecerle imposible que yo hubiese padecido tan grande desculdo como era menester para caer en la desgracia de ser hecho prisionero; me ofreció su casa y cuanto necesitase, y que pidiese cualquiera favor que dependiese de él.

El buen éxito de los lances expresados hizome muy atrevido; quise parecer un héroe de romance; y así como cualquiera otro en mi puesto habria tratado de alargarse y buscar aventuras en otro parage, yo por el contrario desafié á mi destino.

Dije pues al general que únicamente le pedía la gracia de permanecer descansando ocho ó diez días entre mis paisanos. Por supuesto que se me concedió y los pasé grandemente en compañía de varios oficiales que tuve siempre á comer, gastando en esto y en obsequiar á las patronas el dinero que bañado en lágrimas me entregó la monjita al tiempo de nuestro despido.

Durante estos días sucedió que dos oficiales me presentaron sus solicitudes pidiendo licencia para contraer matrimonio, creídos de que mi permiso les serviría á su tiempo para el goce de viudedad; pero no quise esponerles á una desgracia que recaería sobre víctimas inocentes, y bajo pretesto de odio á todo lo que fuese frances puse el decreto, //No ha lugar á lo que se pide.//

En dichos diez días hice un gasto de mil francos, y era preciso reponer este déficit. Yo habia prometido á Navarro el grado de mariscal de campo, y al ca-

pellan nombrarle primer tesorero de mi palacio. Dije pues á este último que se habian agotado mis caudales: que de un momento á otro los esperaba de España; que con este objeto habia pedido permanecer unos dias allí; que ya no tenia mas remedio que marchar; y que viese de manera de arreglar con el brigadier que se me entregasen mil francos.

Yo no se como se lo gobernó: lo cierto es que vino esta cantidad, y salí para mi destino acompañado de otro capellan y del coronel Sandoval. Llegamos á la famosa villa de Lille; nos apeamos en la mejor fonda; y como en Valenciennes me habia visitado la marquesa de Coupigni, le envié un recado participándole mi llegada.

Si nos contasen mi historia como cosa sucedida tres siglos atrás apenas habria quien no la tuviese por un cuento de viejas: nadie querria creer que por tantos pueblos y tantas gentes se me fuese por el Cardenal de Borbon á pesar

de no llevar la mas mal forjada credencial. Parece que Dios se complacia en tener ciegos á españoles y franceses. Esa misma marquesa de Coupigni que habia sido camarista de la princesa de Asturias afirmaba que yo era el verdadero Cardenal; y lo mismo decia un francés que acompañaba á la marquesa y habia servido en España.

Dicha marquesa se nos llevó á su casa donde fui tratado como convenia á la alta persona que representaba; y aquella noche vinieron á cumplimentarme el vicario general y otras personas distinguidas.

Retirámonos bastante tarde á la posada; y serian sobre las diez de la mañana del dia siguiente que pidieron hablarme dos gendarmes y me dijeron. "Venimos Monseñor de parte del General de la plaza á saber si V. Ema. se halla dispuesto á recibir sus obsequios." Yo les contexté que le dijesen que siempre que fuese de su gusto; y se retiraron.

A cosa de media hora despues se me presentaron el General, el gobernador, y el mayor de plaza; y el primero de ellos luego de haberme cumplimentado dijo. //Hace seis dias que S. Ema. tiene preparado el alojamiento, y cuando guste marcharemos.// Quise antes servirles un refresco de licores y bizcochos que aceptaron; y concluido que fue me llevaron á la ciudadela.

Todo el depósito de prisioneros que era muy numeroso me estaba aguardando formado, y al avistarme prorrumpió en vivas al cardenal de Borbon: yo les eché la bendicion y les exorté á tener constancia y fidelidad al soberano, pues la providencia no nos abandonaria. En seguida me llevaron á la casa del Gobernador donde fuí muy bien recibido, é inmediatamente mandé llamar al que servia de intérprete: quise saber de este cuales eran los prisioneros que se encontraban mas necesitados; y habiendo respondido que eran los de la Casamáta, le di

quinientos francos delante del Gobernador para que se los repartiese.

Después de haber descansado fui conducido al alojamiento preparado, donde encontré á un religioso francisco destinado para acompañarme, y dos prisioneros para asistirme. Esto y el tratamiento que recibia de aquellos familiares me dió á conocer que todavía duraba el engaño; y me lo acabó de persuadir el haber recibido el dia siguiente el aviso de que al otro inmediato vendria á visitarme el General con toda la plana mayor.

Aunque debia haberme acostumbrado ya á semejantes visitas, me causó sorpresa y confusión aquel anuncio por si acaso en la comitiva hubiese alguno que promoviese cuestiones á que yo no supieso responder. Esto me tenia en bastante cuidado; pero habia resuelto seguir el papel por mas que me costase la vida.

Llega el momento temido, y recibo con magestad á aquellos caballeros: dis-

puse que se sentasen; y la primera cosa que me dijo el General fué que no sabia como yo podia haber sido hecho prisionero, pues tenian cartas de España en que se anunciaba que yo era el presidente de la junta de regencia: y otro sujeto que era un comisario ordenador, me preguntó si yo sabia que algun tiempo atrás un español se fingió cardenal en una villa llamada Brihes y que con los gastos que hizo causó la ruina de una señorita.

Vime cogido y perdido: es imposible que no se me conociese la agitacion que esto me causó; no supe que responder y preferi adoptar el silencio, en el cual á lo menos no encontrarían confesion ni contradiccion, y seguirian en la misma duda. Respondi que por entonces no podia contextar á aquellas preguntas, pero lo haria dentro tres ó cuatro dias.

Se escusó el general de haberme molestado; y pidiéndome permiso para retirarse lo verificaron todos. Me quedé

solo considerando la importancia y malicia de los interrogatorios, y no creí salir bien del lance, pensando tan solo en morir de un dia al otro.

El general mandó al gobernador que tuviese siempre un sargento á mi vista para presenciar todos cuantos pasos diese, y ordenó ademas recibir declaraciones á varios oficiales prisioneros hijos de Toledo y de las ciudades vecinas. Entre estos los hubo que dijeron que yo era el Cardenal, y otros que no; de suerte que el Gobernador se halló en el mayor conflicto, tanto mas en cuanto el número de los que afirmaban excedia al de los que negaban.

Sucedió en esto que un caballero oficial de Toledo dijo al gobernador que estaba allí un capellan hijo de la misma ciudad el cual por fuerza debia conocerme con motivo de haber sido ordenado por el cardenal de Borbon. Fué consecuente á esto que le enviasen á llamar, y á los 7 dias de la arriba dicha visita del

general volvió otra vez este con el gobernador, otras personas y el referido capellan español.

Al entrar el general, y despues del saludo estilado, me dijo estas palabras que fueron una saeta que me traspasó.
"Aquí tiene V. Ema. á un eclesiástico español, y creo que le ordenó V. Ema. pues ha hecho sus estudios en Toledo y es hijo de la misma poblacion." Y dirigiéndose luego al eclesiástico le dijo:
"Dígame V. padre capellan, conoce V. al señor por el cardenal de Borbon?"

Vime perdido, y mucho mas todavía al oír la respuesta del capellan, quien despues de haberme estado mirando un largo rato dirigió la voz al general diciendo que su carácter no le permitia faltar á la verdad y que no podia menos de manifestar que yo no era el verdadero arzobispo de Toledo pues conocia muy bien á S. Ema. de quien habia recibido órdenes mayores: añadió que esta era su declaracion; pero que tambien

debía decir que tenía oído que yo era un alto personaje de España disfrazado de cardenal para mis fines particulares. Acabado esto, volvió el General la vista hácia mí, y dijo: // Y V. que responde á lo què acaba de oír de este eclesiástico?// Ya perdi toda esperanza de sostener por mas tiempo la farsa, tan solo me consolaba la idea de que iba á representar á otro personage, segun la indicacion del capellan, y que con motivo de esto no sería tan malo el tratamiento que recibiria en adelante como debía esperarlo. Siguiendo no obstante mi sistema de buscar treguas y dar tiempo al tiempo, respondí al general que supuesto que las personas Reales de España se encontraban todas en Francia se me permitiese presentarme á mi primo el Rey Fernando, en cuya ocasion verian cuan injustamente habian desconfiado de mi palabra.

El tono resuelto y aire de verdad con que me produje conoci que hacia impre-

sion; y las miradas que se dieron el general y demas circunstantes entre si me convencieron de que entraban otra vez en duda y fueron un rayo de esperanza para mi. En efecto, usó ya distinto lenguaje el general y dijo: "En vista de vuestra relacion puede V. Ema. escribir una carta al príncipe de Asturias, y su respuesta nos sacará de dudas para hacer á V. Ema. los honores que le pertenecen." Y con esto se retiraron.

Apesar de que estaba resuelto á todo y que habiendo escrito tiempo atrás á la emperatriz de Francia no debía parecerme tan nuevo hacer otro tanto con el rey de España, no sabia como tomar la ocasion porque esto no era ya hacerse burlas con el enemigo. Se pasaron así dos dias, durante los cuales vinieron á visitarme una porcion de personas con el objeto de averiguar la identidad de la que representaba yo; y habiendo cuasi todas declarado que no era el verdadero Cardenal, se irritaron mas las au torida-

des y vino el gobernador á comunicarme de parte del general que si no escribia pronto la carta á mi Rey tomaria una seria determinacion.

Estrechado en estos términos tomé la pluma y puse substancialmente una carta en la forma siguiente :

„Ciudadela de Lille 21 setiembre 1813.

„Querido Fernando: no creo ignores
„que me hallo en esta fortaleza , y pon-
„go en noticia tuya que ha habido en
„esta un eclesiástico español que ha de-
„clarado que no soy el cardenal de Bor-
„bon : no dudo de que conoceràs mi le-
„tra , á menos que el tiempo y las des-
„gracias te hayan hecho trascordar de
„ella y te encargo por lo mismo que sin
„detencion saques de duda á este gobier-
„no. Te ruego pidas que se me destine
„á otra parte que corresponda mejor á
„mi persona. No quiero serte mas mo-
„lesto, y quedo con el deseo de que lle-
„gue el dia feliz de abrazarte. Tu primo.

LUIS MARIA DE BORBON.//

Conoci muy bien hasta donde llegaba mi criminal atrevimiento, pero no lo hice para ultrajar á mi soberano sino para continuar un engaño á una nacion enemiga: siempre he sido un soldado fiel á mi rey y á mis banderas como informarán mis gefes y debe constar en la oja de servicios: ya que no podia vengar con las armas á mi patria, me complacia en hacer burla de los usurpadores, y en socorrer á costa suya mis necesidades y las de mis compatriotas prisioneros.

Concluida la carta la remiti al Gobernador, quien, segun supe despues, le dió efectivamente el debido curso. Durante los primeros cuatro dias no hicieron mas que redoblar la vigilancia para tenerme con seguridad, y al quinto fui metido en un calabozo y despojado de todo cuanto se habia destinado para mi servicio y comodidad. Pedi hablar con el Gobernador viéndome tratado de aquella manera: me quejé ágricamente

y le reconvine por el mal trato que se me daba: le dije que no era aquel el modo de portarse con una persona de mi clase; y le amenazé de dar parte al gobierno. Me escuchó con sorpresa, y ofreció que daría cuenta al General y me comunicaría su contestacion.

Seis dias se pasaron teniéndome del todo incomunicado, sin que el gobernador me trajese respuesta alguna, y sin ver a nadie mas que el carcelero cuando me entraba el alimento. El dia sexto á cosa de las once de la noche oí abrir la puerta del calabozo, y entraron el mayor de la plaza y un sargento de la gendarmeria estos me dijeron secamente que me levantase: quise preguntarles que novedad era aquella pues no era hora de marchar ni de presentarse en parte alguna: la contestacion fué repetir con tono mas fuerte que me levantase porque era preciso.

¡Ay pobre mayoral! dije entre mí. Me levanto; y luego de levantado me

trajeron un vaso con licor y bizcochos y me ofrecieron caldo y cuanto quisiese. Creí ver en el vaso una copa de veneno; ó á lo menos me pareció que me ponian en capilla, en cuyos casos es ser muy generoso y complaciente con los reos. No hacía otra cosa sino pedir perdón á Dios de mis culpas: sentia no obstante que hubiese durado tan poco tiempo el engaño que hice á los franceses: y sobre todo tenia un vivo pesar de morir sin haber podido escribir esta mi historia paraque mi amada patria pudiese tener noticia exacta de lo que seguramente trataria de ocultar la Francia llena de vergüenza por haber sido la irrisión de un miserable sargento español.

Para dar á los que creí mis verdugos un testimonio de mi serenidad tomé dos bizcochos y bebí el licor. A la media hora, esto es, á las once y media poco más ó menos llegó el gobernador y me dijo que me previniese y tomase mi ca-

pa y el sombrero. Obedecí sin chistar palabra: fui sigulendo los pasos de mis conductores, y al salir á la calle me vi entre seis gendarmes y ocho ó nueve soldados de la guarnicion, llevándome en medio el gobernador y el mayor de la plaza.

Micorazon estaba contristado: ideas tétricas únicamente acometian mi imaginacion: me parecia que iba á pagar en breve los buenos manjares que habia comido y los altos honores y obsequios recibidos de personas de todas clases y gerarquías. Me servia de un pequeño consuelo el pensar que supe engañar á una nacion que nos tiene por bárbaros é imbeciles y que ella sola se pinta ilustrada y astuta: y tampoco dejaba de aliviarme el recuerdo de los muchos socorros que habia prestado á mis compatriotas prisioneros, quienes publicarian mi honradez y buenos sentimientos.

Llegamos al rastrillo del fuerte donde divisé un carruage con cuatro caballos,

teniendo abierta la portezuela. Respiré, pues no dudé de que estaba destinado para mí y que por mala que fuese mi suerte no lo sería tanto como me había figurado. Nos detuvimos al pié del coche, y el gobernahor me dijo que subiese, encargándome que no diese que sentir al sargento de la gendarmeria que me acompañaba; añadió que nada me faltaría en el viage, el cual sería precipitado andando de dia y de noche; y tomándome de la mano exigió mi palabra de honor de no comprometer de modo alguno á dicho sargento.

Esto entró conmigo en el coche, y echamos á andar á largo trote. Mi turbacion duró un buen rato, y quedé alelado por tan inesperado tránsito de muerte á vida. Temí no obstante recobrarla para perderla luego despues de mayores y mas terribles choques. Me acordaba de mi demanda relativa á que me llevasen á la presencia del señor D. Fernando VII, y temblaba al pensar que

mi viage podría tener este objeto. Mi sobresalto no era tampoco pequeño para el caso de que me llevasen á París donde de precision debia haber personas que conociesen al cardenal de Toledo.

El trato que me daba mi guardian; el haberme metido en un coche de lujo; el modo con que me habló el gobernador en el momento del despido; y el haberme asegurado que nada me faltaria; todo esto me hizo concebir la idea de que aun no quedaba desvanecida la duda acerca de mi persona, y redobló mi temor de ser conducido á París ó á la presencia de Fernando VII. No me ví con paciencia para permanecer en tal incertidumbre, y determiné hacer una de las mias.

Reparé que el sargento de gendarmes habla metido dos pistolas en las bolsas del coche, y para realizar mi proyecto esperé á ver lo que haria él en la próxima parada para la muda de caballos. Llegado que hubimos á la primera pos-

ta no quise bajar como me ofreció el sargento para satisfacer mis necesidades naturales, pero lo hizo él. Con este motivo ú ocasion me apoderé de sus dos pistolas.

Luego que volvimos á andar arremetí con tono fuerte y magestuoso á mi compañero, y le dije—Sr. sargento, me reconoce V. por persona de honor y de grande dignidad y sangre Real.—A lo que contestó:—Si Monseñor.—Pues bien repliqué, es preciso que me diga V. á donde me conduce, porque pretendo y quiero saber cual será mi paradero.—Al mismo tiempo que le hablé así saqué las pistolas, y entregándole una de ellas añadí que no debian pasar muchos minutos sin que yo lo supiese ó sin que uno de los dos hubiese perdido la vida.

Sorprendido el sargento con mi arrojo y decision procuró ablandarme manifestando que llevaba órdenes secretas y no podia comunicármelas sin faltar gravemente al cumplimiento de su obliga-

cion, pero que no temiese de ninguna modo por mi vida ni por malos tratos de ninguna especie. Con esto no cesaban mis zozobras, y no debí desistir de mi empresa: insistí con ardor, pero siempre se resistia el sargento: por no faltar á su deber, en nada obstante mis repetidas protestas y palabra de honor de no revelarlo.

Tan decidido me vió por fin á que uno de los dos muriese, que no le pareció deber exponerse á tanto: creyó quizás que el descubrir un secreto de aquella clase no podia tener resultados de transcendencia, y despues de haberse asegurado nuevamente de mi Real palabra de no descubrirle, me comunicó que mi destino era al fuerte de Lichtemberg en Alemania donde habia depósito de caballeros oficiales, y yo estaria á las órdenes del general de Estrasbourg. Añadió que yo permaneceria allí sin comunicacion, con dos centinelas de vista, y con una paga de 37 francos y medio al mes.

Asegurado yo con esta relacion de que no iba á Paris ni tampoco debía presentarme al Rey Fernando , recobré espíritu, meti la pistola en el parage de donde la habla sacado, tomé la mano de mi guardian , y asegurándole nuevamente que nadie sabia esta revelacion le di las mas espresivas gracias.

Anduv' mos con una celeridad extraordinaria las 400 leguas de postr que hay desde la ciudadela al punto á que nos dirigiamos: hicimos el viage en tres dias y medio tan solamente, regalándome muy bien y teniendo toda la asistencia necesaria. El comandante del fuerte se hallaba con aviso de la llegada de mi persona y la participó á los oficiales, estas por consiguiente aguardaban con impaciencia al cardenal de Borbon que veia prisionero ; todos estaban prevenidos y salieron al patio luego que oyeron mi carruage.

Casualmente habia varios entre ellos que conocian perfectamente al cardenal

de Borbon, siendo uno de estos un capitán llamado Palafox que había frecuentado bastante el palacio de S. Ema. Todos principiaron á murmurar que yo no era el cardenal; unos decían que su estatura no era la mia, y cada cual daba el fundamento de su parecer. Auguré muy mal de este viaje; pero con dificultad esperaba verme en mayores aprietos que los pasados: y cumpliendo el comandante las órdenes que tenía me dejó en mi prisión con dos centinelas de vista.

No sé si sería á consecuencia de instrucciones que tuviese, ó por haber llegado á sus oídos las conversaciones de los oficiales, que dicho comandante reunió á algunos y les preguntó si habían visto al arzobispo Borbon. Respondieron unánimes que yo sería tal vez alguna persona distinguida de España, pero no el cardenal de Toledo. Les replicó el comandante que se engañaban porque según las comunicaciones que tenía de su gobierno yo era el verdadero cardenal y

que como á tal habia sido conducido allí en silla de posta conforme habian visto. No cambiaron por esto de opinion los oficiales; y para convencer al comandante de su error le propusieron, un general y el capitan Palafox, que les permitiese interrogarme. He aqui pues que á los cuatro dias de mi llegada se me prepara otro careo. Vino por la tarde un sargento con ocho soldados y fui llevado entre filas á la casa del comandante; y al entrar en el salon me encontré en medio de una grande reunion. Todo el mundo se levantó haciéndome cumplimientos cual pudieran hacerce á una persona de la mas alta consideracion; es decir, que los que me negaban la púrpura me tenian por un grande personaje de otra clase; y procuré corresponder á todos el saludo del mismo modo.

Principió el general preguntándome como fué que la junta de regencia habia padecido el descuido de esponerme á la desgracia de caer prisionero. El capitan

Palafox me interrogó en seco si le conocia: le miré un rato con atencion y respondí que no hacia memoria de el, ni tenia presente haberle visto jamas: y replicó entonces que habia estado muchas veces en el palacio de su Ema. con su director y con el mayordomo. Me preguntó en seguida el mismo Palafox si conocia á D. Manuel Samaniego; y continuó haciéndome preguntas que me dejaban en confusion. Si bien quise contextar á todas, conocí desde luego que desacerataba enteramente y que allí acababa mi capelo y mi cabeza. Por fin de fiesta y para dejarme completamente corrido, concluyó el capitan con estas palabras: *Pues Sr. mio, V. será quien quiera; será un gran persouage de España, un obispo, un arzobispo, ú otro diablo, pero el cardenal de Borbon no lo es V.* //

El comandante no sabia lo que le pasaba; y todo su afan era decirme *¿que responde V. á esos caballeros?* // Mi amor propio quasi se resentia de oír

aquellas verdades; y puesto en la danza traté de sostener mi fingido carácter. Contexté con resolución en estos términos. // Sr. Comandante, yo le digo á V. que estos caballeros oficiales se engañan pues soy el verdadero Cardenal y no puedo decir otra cosa sin negarme á mi mismo. //

Logré hacer vacilar á dicho comandante; y esto me bastaba por entonces. Me retiré luego por disposición suya y durante ocho dias fui tratado de la misma manera: mas luego, no sé en virtud de que informes ó resolución, no tuve otro tratamiento que el de simple soldado recibiendo libra y media de pan y un triste rancho.

Se me hacia en verdad muy cuesta arriba este género de vida, y lamentándome comparada la inmensa distancia de uno á otro estado. Se pasaban dias sin ver mas que á un cabe que me traia la comida; y permaneci de esta suerte cosa de un mes ignorando absolutamente

lo que pasaba y la causa verdadera de verme tratado de aquel modo.

No sé cuanto tiempo esto hubiera durado ni á que habrían venido á pasar estas misas, si no se hubiesen aproximado á Francia los aliados, por cual razon el gobierno nos mandó salir de aquel punto y pasar á Chateau-Bonillon. En este pueblo disfruté libertad, y aunque estuve metido entre oficiales, pero el tratamiento era de soldado. Al cabo de un mes recibimos tambien orden para trasladarnos en depósito á otro parage, á saber á la villa de Cambray.

Yo me consideraba dichoso con haberme librado tan bien por final de mi comedia, pero no podia sufrir la vista de los oficiales de quienes habia recibido chasco tan completo como el que arriba dejo notado, ni podia avenirme á aquel género de vida obscuro, y miserable. Traté de mejorar mi suerte; y para ello me valí del ardid siguiente.

Procuré quedarme atras en la marcha

de manera que llegué dos días después que la columna de prisioneros al primer pueblo donde residía comisario de guerra. Así me presenté solo á este funcionario pretextando excusas de mi retraso: dije que era el capellan; y obtuve el pasaparte con el objeto de no ser molestado hasta alcanzar el depósito. Por supuesto que el pasaporte iba con la nota de deber ser socorrido con dos francos y medio diarios: y cágame ahí por lo mismo ascendido, aunque no á cardenal.

Buen cuidado tuve de no alcanzar á mis compañeros: me iban perfectamente visitando curas: y no hice ya en adelante ni una sola jornada á plé. De necesidad debía venir el día en que se acabase esta cuecaña; y el modo de hacerla duradera consistió en no llegar jamás al depósito. Hize medlos para entrar en el hospital de la villa de Chafur..... fingiéndome enfermo; lo conseguí sin grande dificultad; y me propuse permanecer

allí todo el tiempo posible, y hacer otro tanto en los demas hospitales de los pueblos del tránsito. Muy distante estaba de soñar en mi cardenalato.

Quiso la casualidad para mi desgracia que viniese al cabo de dos días al hospital un oficial llamado D. Juan Xipel de los del depósito de Condé; el cual viéndome me dijo admirado. «Yo conozco muy bien á V. Ema. aunque se halle disfrazado.» Le contexté con ademan de extrañar su language; pero replicó que me daba el tratamiento que me correspondía porque me había visitado junto con el brigadier Navarro y había tenido el honor de comer en mi mesa. En seguida hizo los mayores esfuerzos para saber que fines me inducían á querer estar incógnito sufriendo penalidades que podía muy bien evitar. Añadió que contase con él en todo cuanto pudiese hasta perder la vida.

No pude negarle la verdad de los hechos que citaba porque efectivamente

hice memoria de él: pero le encomendé el secreto con toda eficacia, diciéndole que así me convenia para poder regresar incógnito á mi patria y hacer evidente el mal estado de los prisioneros á fin de que fuesen socorridos. Parecióme que aquel oficial cumpliria esta prevencion; mas me engañó: y aqui comenzó mi segunda época de Cardenal, ó sea el segundo acto de mi comedia.

Apenas D. Juan Xipel se despidió de mí fué á contarlo á la superiora de las monjas del hospital; y no pasó media hora que me vi trasladado á una estancia de distincion. Discurrieron tres ó cuatro dias sin que yo conociese en otra cosa alguna que el secreto estuviera descubierta, pero pasados, hallándome con la superiora y con Xipel entró en mi habitacion el comisario de guerra, quien despues de habernos saludado y cumplimentado en general, se dirigió particularmente á mí diciendo que á no engañarse no le era desconocida mi fisono-

mia y le parecia haberme visto en España. Quise saber en que parage: respondió que fué en Madrid y en Toledo, y dije entonces que podia muy bien ser porque yo realmente habia estado algun tiempo en ambas poblaciones. Hicele en seguida la pregunta de si me habia visto con traje de militar ó de paisano: y exabrupto dijo: «No señor, es otro muy diferente el que llevaba V. Ema.»

Habia raio que yo aguardaba esta contextacion ú otra semejante: sin embargo fingi haberme sorprendido que me diera aquél tratamiento, y respondió que era el que me convenia. Adoptó entonces el mismo plan que tan buenos resultados me dió en la otra temporada; es decir, me fi en el secreto al comisario y á la monja encargándoles que lo guardasen por su parte, porque mi intencion era entrar en España de simple eclesiástico luego de hecha la paz que de prócsimo se esperaba. No hubo medio de persuadirselo, y salió el comisario diciendo

que no podia permitirse que las autoridades y el pueblo dejasen de tributarme los honores que me eran debidos de justicia.

Yo me fui á la capilla para estar solo y discurrir sobre el papel que de nuevo iba á representar : y una hora despues vino una monja á llamarme diciendo que se hallaban en mi cuarto el gefe militar, el comisario y el sūprefrecto. Salí sin detenerme, y encontré á los espre-sados sugetos junto con el vicario eclesiástico y una porcion de monjas.

Al acercarme á ellos todos doblaron la rodilla , les di la bendicion, y se levantaron. Luego el comandante me manifestó que no podia permitir que yo permaneciese por mas tiempo en el hospital, y que iria á ocupar la habitacion que habia servido para mi príncipe. Fueron muchísimos los esfuerzos que hizo paraque pasase á su casa ; y al fin no pude menos de condescender , pero con la condicion de que viniese conmi-

go sor Fellicité que era una jóven monja destinada por la superiora para servirme: la contestacion fué cogirme de la mano, y decir á la monja *«vámonos ma saeur»* precedida venia de la superiora.

Entramos los tres en el coche, y habiéndonos apeado en la casa de dicho comandante, que era un general, me condujo al gabite que mi soberano habia ocupado. Estuve asistido como un príncipe: y á los dos dias me preguntó el noble patron si al siguiente querria ir con él á Tours capital de aquella antigua provincia de Trena, porque el general del departamento que residia allí estaria muy gustoso de que pasásemos un par de dias en su compañía. Le dije que no tendria inconveniente en complacerle si me encontrase con capa ó manto digno de presentarme: y al momento compareció un sastre que en diez boras lo construyó guarnecido de terciopelo morado con su cuello correspondiente. Este sastre vino acompañado

de una señorita llamada Melle. Rosière que me trajo una cruz y un anillo.

No teniendo ya la excusa de falta de traje fué preciso conformarse á hacer la sobredicha visita. El comandante dió aviso anticipado al general para que todo estuviese prevenido; y salimos, con su señora, el suprefecto, y la monjita, llevando el acompañamiento de ocho gendarmes y diez coraceros.

Esta es una de las escenas mas dignas de escribir en esta historia. A la distancia de hora y cuarto de la villa encontramos una avanzada de gendarmería que reconociéndonos despachó dos ordenanzas para que á escape avisasen á las Autoridades nuestro arribo: y á poco menos de una hora hallamos al General con sus adecanes y ordenanzas, y algunos coches en que iban el vicario general y otros eclesiásticos y personas principales. Se apearon todas para complimentarme, y las recibí con las mayores demostraciones de cariño.

Concluida esta ceremonia seguimos el camino hácia la villa, yendo el general y otros oficiales de guarnicion al lado de las portezuelas de mi coche. A la entrada del puente se hallaban formados dos escuadrones de lanceros y un batallón de infanteria; y al pasar por su frente me presentaron las armas y batieron marcha, haciendo algunas descargas la muralla; hubo tambien repique de campanas. Todo el pueblo estaba alborotado; y me condujeron al palacio del arzobispo donde pocos dias antes se habia alojado la Emperatriz; y dormi en la misma cama que sirvió para ella.

Tuve guardia de honor compuesta de granaderos imperiales y de coraceros; vino á cumplimentarme todo lo mejor de la villa, que es una de las principales de Francia: y fué tanta la gente que se agolpó en el salon, y tanto mi sofoco y placer al mismo tiempo por el pastel que estaba pegando á los franceses, que me dió una fuerte congoja y caí en brazos del general.

Este, su señora, la monja y demas personas asustadas trataron de darme socorro: fueron llamados facultativos, los cuales dijeron era menester dejarme solo y con sosiego. El general ordenó al capitan de la guardia que pudiese un oficial subalterno en el salon para que no permitiese entrar á nadie mas adentro, á excepcion de las dos generalas y de sor Felicite que quedaban encargadas de servirme. Dos facultativos estuvieron perennes toda la noche al lado de mi cama y las generalas y la monja no durmieron un instante.

El dia siguiente lo pasé en gran parte en la cama obsequiado como se deja pensar, y burlándome yo interiormente de los que me rodeaban: y al otro dia en que me hallaba enteramente restablecido, el general de la plaza y el de Chartar... determinaron que saliésemos á pasear y ver lo mejor de la villa acompañándome siempre los médicos. Me enseñaron varias preciosidades en que yo no

entendia ni mi entendimiento estaba bastante tranquilo para examinar, y determiné regresar à Chatur.....

Me despedí de los médicos dándoles una onza á cada uno, pues la generala me habia provisto para este y otros gastos: las autoridades nos acompañaron hasta fuera de la poblacion á un largo trecho, y el general me abrazó, encargándome así él como su esposa que les escribiese desde mi patria cuando tuviese la felicidad de volver á ella.

Regresados á Chatur.... como me hallaba con dinero determiné venir á España mediante acercarme á la frontera con un pasaporte que creí fácil conseguir: visité de despido á algunas personas de confianza, y no fué de las últimas la superiora de las monjas del hospital. Esta me rogó que de tránsito me detuviese en la villa de Bourges pues se hallaba con carta de la priora en que le pedia que se empeñase conmigo para que yo bendijese el noviciado y asistiese á la profesion de quatro religiosas.

Por la ambicion de recoger algun dinero mas á fin de pasarlo bien en España, accedi á lo que me propuso la monja; y me salió la cosa tan al revés, que llevé el terrible chasco de que voy á hablar. Salí en efecto acompañado del cura y del caballero oficial D. Juan Xipel; y como se habia hecho fama pública de mí en todos los pueblos del contorno, apenas nos apeamos en la fonda del pueblo donde resolvimos hacer alto para comer, que vino el párroco á buscarnos y nos llevó á su casa donde hice traer la espléndida comida que en dicha fonda teníamos preparada. El cura antes de marcharnos quiso que su casa recibiese mi bendicion, y se la dí; habiendo sido tales sus efectos, que segun supe por lo que se verá despues, se le hundió la bodega á la media hora de habernos despedido.

Nuestro arribo al punto destinado fué feliz: muy diferente fué la salida. El general quiso llevarme á su casa, pero no

lo permiti porque mi direccion era al convento. Recibi todos los honores y obsequios que pueden imaginarse; y el dia inmediato tuvo lugar la ceremonia religiosa de dar el hábito. Los principales convidados para esta funcion comimos con el general, quien al levantarnos de la mesa me dijo que podriamos ir á paseo y á ver la iglesia: contexté que me parecia muy bien.

En aquel tiempo todos los depósitos de prisioneros puede decirse que eran ambulantes, pasando de continuo de uno á otro departamento, y de una poblacion á otra. Quiso la fatal casualidad que hubiesen llegado alli algunos soldados de la guarnicion de Ciudad-Rodrigo; y me encontré de improvviso en la alameda con el capellan del segundo batallon del regimiento de dicho nombre. Este me conoció inmediatamente; y para mejor asegurarse fué á encontrar á algunos soldados y les dijo que fuesen en busca del que se decia cardenal de Borbon y

viesen si conocían quien era. Dieron conmigo en la Iglesia, y acercándose uno de ellos se arrodilló besándome la mano y recibiendo tres duros que le di. Reconocíéronme bien, y unánimes relacionaron al capellan que yo era el sargento primero que enseñaba el ejercicio al tercer batallón llamado Mayoral é hijo de Salamanca.

En vista de esto marchóse corriendo el capellan á la casa del general y pidió hablarle sobre un negocio urgente: le refirió lo que acaba de expresarse: el general fundado en el pasaporte no quiso dar crédito á esta relacion; pero viendo las seguridades del capellan que respondia con su vida de lo que estaba diciendo, y citaba por testigos á los soldados de mi propio regimiento, dudó y se propuso hacer indagaciones. Me dirigió una esquela á fin de que sin tardanza fuese á su casa, conforme lo ejecuté.

Estando en su presencia y habiendo dispuesto que nos dejasen solos, me exi-

gló que le dijese quien era yo y cual mi clase. Le manifesté con altivez que extrañaba la pregunta, y sin mas palabras llamó al capellan que estaba tras cortina y le dijo // vea V. padre si reconoce á este caballero por el Cardenal de Toledo.// Me miró otra vez el capellan y hablando al general le dijo que no podia faltar á la verdad y que yo le parecia, segun mis facciones y estatura, que era un sargento primero del tercer batallon de Ciudad-Rodrigo llamado Francisco Mayoral natural de Salamanca.

El general me dijo entonces que respondiese á lo que acababa de oír: y yo señalando con el dedo al capellan contexté:—El señor se engaña y me hace un disfavor, pero la inocencia triunfará en medio de sus enemigos.—El capellan sostuvo con firmeza su aserto; citando en apoyo suyo á un cabo de mi compañía y á dos soldados del mismo batallon. Vinieron tambien estos á juicio; y bien

enterado el general de sus declaraciones mandó meterme en un calabozo y dijo que al día siguiente me haría fusilar. Me cogieron mis equipages, un birlocho con dos caballos, y la suma de cinco mil francos que habia podido reunir: me amarraron de pies y manos; y metido en la cárcel aguardaba por momentos el último de mi vida.

Doce días permanecí sin saber lo que sería de mí: y cuando menos pensaba me dijo el alcaide que bajase porque era llegada la hora de partir. Lleno de regocijo pronto hube cogido mis tristes equipages; y al llegar á la cocina me encontré con cuatro gendarmes que en tono de mofa me preguntaron si les daba palabra de ser hombre de bien. Contesté que nada les daría que sentir; roguéles que tuviesen la bondad de conducirme segun me correspondia y á caballo porque no podia andar á pié: y con aire no menos socarron dijeron que no perdiese cuidado pues iria en posta.

Al llegar á la puerta de la calle encontré un carreton descubierto con una poca de paja encima tirado de dos bueyes; y me vi rodeado de bajo pueblo que hacia burla de mi, y no menos de las autoridades profirieron mil espresiones indecentes y clamando //; Vengan el general y las monjas á besar la mano al Cardenal ; Haga salva la artilleria en obsequio de este Borbon !//

Yo no me atrevia á levantar la cabeza ni la vista, no esperando sino el instante de echar á andar, pero mis malditos conductores lo retardaban á propósito para que se hiciese escarnio de mi. Marchámos por último, y habiéndose disipado un tanto la primera impresion de este desagradable lance, me lamenté á presencia del público de mi conduccion indecente y de haberseme quitado mis equipages y dinero.

Andando asi destronado hiciéronme pasar por el pueblo en que despues de mi bendicion se hundió la bodega. Ha-

bia llegado antes que yo la noticia del chasco. Salí en consecuencia á recibirme todo el vecindario diciéndome á grandes voces que echase otra bendición para ver si salía un nuevo milagro. El cura no cesaba de gritar á los gendarmes que me quitasen de allí, no fuera que se cayese la iglesia : y yo estaba corrido de vergüenza deseando salir cuanto antes de aquel lugar, muy distante de pensar que me llevaban en derechura á Chatur.....

Buen trecho antes de llegar á las paredes de esta villa encontré todo el camino lleno de gente, no solo del pueblo bajo sino tambien de los principales que me habían prestado homenaje. Todos hacían burla de mí y decían con mofa á los gendarmes que me llevasen á la casa del general donde tenía preparada una buena comida y la habitación y cama del príncipe de Asturias. Una nube de muchachos iba detras de la carreta voceando y haciéndome gestos: y los

picaros gendarmes me pasearon por todo el pueblo antes de entrar en la cárcel.

El alcaide me metió en una de las peores estancias y me entró una poca de paja para acostarme. En estas tribulaciones deseaba mil veces que me quitasen la vida ; crecía por momentos mi desesperacion ; y el mejor consuelo habría sido la mas pequeña esperanza que perdí de poder otra vez engañar á los franceses por el mismo estilo, ú otra semejante.

Despues de media hora de estar en la cárcel abrió el alcaide la puerta de mi calabozo y dijo que me traia una muy buena comida con su botella de vino, y que luego me pondria una decente cama. Quise averiguar quien era el bienhechor y me contestó:—V. coma y calle, que nada se le pide.—Adelante, dije pues, y comí un bocado pensando siempre cual podria ser aquella alma caritativa.

Descansé por la noche mejor de lo que

pensaba: y á las diez de la mañana del día siguiente vino el carcelero á decirme que bajase hasta la puerta de la calle donde me aguardaban dos sugetos. Cumplí, y me encontré con dos gendarmes, que me llevaron á las casas consistoriales. Entré en un salon donde estaban el general y las autoridades civiles : aquel me reconvino ágríamente por mi valor ó atrevimiento de permitir que se me hiciesen los honores debidos á un príncipe; y añadió que hablase sobre la disculpa que pensaba dar á él y á mi soberano cuando me restituyese á mi patria. Prosiguió diciendo que á lo menos le dijese quien era yo; que no tuviese ningun temor pues no pensaba hacerme el menor daño mientras estaria en aquella villa; y que deseaba conocerme por mi verdadero nombre y apellido.

No creí demasiado sinceras estas promesas; temi que si á las pruebas se añadia mi confesion me saliese peor la cuenta; y juzgué que era siempre mejor de-

jar alguna duda. Respondí por tanto que era el cardenal de Borbon; que la ignorancia de dos ó tres soldados me había reducido á tal estado; y que el gobierno francés tenia el poco miramiento de tratarme como un criminal por estos solos dichos. Replicó el general que no le engañaría segunda vez: vinieron en esto los gendarmes, y me volvieron á la cárcel.

Cuatro dias estuve en ella sin faltarme diariamente una buena comida; y me remitieron á la villa de Limoges. Mi miedo era extraordinario por lo que podia sucederme en los pueblos del tránsito donde había hecho de las mias. Siempre de cárcel en cárcel llegué por fin á dicha villa sin haberme sucedido novedad particular: pero á las veinte y cuatro horas me despidieron para Brives, donde me habla dado á conocer á la señorita Mavil... por cardenal.

Nada podia afligirme tanto como pisar otra vez aquel país. No sé como ni

por donde se hizo pública mi llegada: y no fué la última que lo supo mi antigua amiga. Mi entrada fué triunfante como la de la vuelta á Chatur... y tuve la cárcel por posada. La señorita Mavil... no me visitó: pero su humanidad fué tanta que me envió inmediatamente una buena cena, ordenó al carcelero que pagando ella me diese toda la asistencia necesaria, y me hizo entregar cuatro luises de veinte y cuatro francos cada uno.

A los dos dias salí para la villa de Cahors donde se acordarán los lectores que eché á perder el órgano. Mi posada fué la de costumbre; y el dia inmediato vino á la cárcel un eclesiástico llamado Mr. Abrand. exclamando. //¿ Que ha hecho V. por esa Francia; ha perdido V. el juicio?// Le rogué que no me hablase mas del negocio pues estaba muerto y lleno de pesar. Me espetó un sermoncillo, y me entregó veinte francos para que me socorriese. Mas le agradeci esto que el sermon, el cual hizo muy poco efecto.

Sali de Cahors dando gracias á Dios por haberme librado de tropiezos de consideracion en los pueblos que habian sido testigos de mis aventuras; y siempre de cárcel en cárcel llegué por primera jornada á Causades. Diez dias me detuvieron aquí, y acabé de gastar los pocos cuartos que me quedaban. El hambre me apretaba, y es claro que no hacia sino discurrir medios para aliviar mi infeliz suerte.

Entre los presos que estaban conmigo habia un francés que me pareció hombre de talento y emprendedor. Travé alguna amistad con él y le pedí que me estendiese un certificado en los términos que luego explicaré encabezado á nombre del vicario general de Cahors á quien conocí y traté segun se ha visto en el curso de esta historia. No puso grandes dificultades á prestarme este servicio: y en efecto estendió dicho documento en que se certificaba que el portador, cuyas señas eran las mias, era D. Francisco

Gravíel Negrete obispo de Plasencia, y presidente de Zamora, á quien las circunstancias de una triste revolucion habian causado su desgracia; por lo cual encargaba y pedia á los Illmos. Señores arzobispos y obispos, vicarios generales y demas eclesiásticos á quienes me presentase, que me socorriesen en lo que les fuese posible, pues le constaba lo mucho que mi familia habia hecho por los clérigos franceses emigrados en tiempo de la revolucion,

Quedé contentísimo con este escrito en el cual veia el principio de otra burla no menos pesada que la anterior. Deseaba vengarme de las mofas últimamente recibidas. Mi impaciencia era grande por ver que no me sacaban de aquella villa; pero por fin al cabo de tres ó cuatro dias salí para la de Montauban.

Sin embargo de la poca probabilidad del buen resultado de mi proyecto, quise probarlo porque nada iba á perder: no lo hubiera no obstante tal vez arriesga-

do si hubiese sabido que mi pasaporte ú orden de conduccion hablase de mis hazañas, ó si no hubiese debido creer que en los continuos cambios de gendarmes se habia perdido enteramente la memoria de ellas. Colocado pues en la cárcel de Montauban llamé al alcalde, y con aire misterioso le dije me convenia que llevase inmediatamente un papel al vicario general. Le pedi oblea para cerrar un carpeta en que envolví mis credenciales; y lo hice en su presencia para mas moverle la curiosidad de leer el pliego.

Así se verificó al parecer, pues apenas tuvo tiempo de haber andado cien pasos se vino corriendo, me sacó de entre los demas presos, me llevó á un cuarto separado, y me dijo que no tuviese cuidado que nada me faltaria porque el vicario general y algun otro eclesiástico se habian refugiado á España en tiempo de la persecucion.

Estuve esperando con temor el resultado de este primer paso, pues saliendo

mal por conocerse la firma del certificado, ó por tenerse noticia de mi, ó por otra causa imprevista, iba á ser apaleado por el carcelero y perdía enteramente toda esperanza de burlarme otra vez de los franceces. Muy larga se me hizo la hora que se pasó en estas reflexiones que fueron interrumpidas con la llegada del vicario general y otros dos curas.

Yo admiré y admiro mas ahora la facilidad con que se dejaban llevar aquellas gentes de impresiones semejantes; pero ya conté con la ligereza que tanto me valió en otras ocasiones. Entró el vicario general dándome el tratamiento de Illma., exclamándose de mi desgracia, y exortándome á la paciencia de los mártires. Luego dijo: //Vamos á otra cosa// y me preguntó que era lo que necesitaba porque venian dispuestos á socorrerme.

Viéndoles yo en aquel estado traté de aprovecharlo para meterlos en mayor confusión: tan embaucados estaban, que

fuzgué que todo se les podia hacer creer. Les dije que la desgracia me habia perseguido de todas maneras pues me hallaba bastante bien equipado y tenia algun dinero, pero que en la casa donde nos detuvimos á comer un poco á la salida de Cahors desapareció mi maleta con todo lo que habia en ella; siéndome lo mas sensible la pérdida de todos los papeles, habiendo salvado casualmente la certificacion que habian visto por llevarla en la faltriquera de mi levita.

Hice en seguida un poco el hipocriton exitándome yo mismo a la paciencia en todos los trabajos por ser la voluntad de Dios; y entonces el vicario general con las lágrimas en los ojos y agarrándome las manos dijo que mi conformidad era la de un santo, y que pronto se aliviarían mis penas. Encargó al carcelero que nada me faltase, y se marchó con sus compañeros prometiendo volver mas tarde.

Poco antes de anochecer cumplió su

palabra yendo acompañado de dos señoras. Estas al verme se pusieron de rodillas, y les di la bendición que solicitaron. Lloraban y yo las consolaba diciéndoles que no debíamos afligirnos por muchos trabajos que el Sr. nos enviase, pues quería probar nuestra paciencia y resignación, que él padeció en una cruz hasta perder la vida: y que nos dió una escuela de virtud que debíamos seguir. Viendo dichas señoras mi serenidad cobraron valor; preguntaron que era lo que me faltaba, y el vicario general sin darme lugar á responder les dijo, que todo. Echaron entonces mano al bolsillo: me dieron 400 francos, á los cuales el vicario general juntó ciento por su parte; y añadieron que el día siguiente me traerían alguna ropa.

Con mi aumento de fortuna, bien cenado, y buena cama, pasé una noche feliz y tranquila. Aguardé con ansia la venida del equipage porque debía marchar al otro día; y en efecto por la tar-

de se presentaron las mismas señoras y el vicario general trayéndome una levita nueva, unos pantalones, un chaleco, tres pañuelos, dos pares de medias, un corbatín y cuatro camisas. Yo no cabía en mí de gozo, y les di las más expresivas gracias: hubiera quedado ya contento con esto, pero mis bobos bienhechores dijeron que todavía querían hacer más. Pusieron las señoras en mis manos dos cartas de recomendación para unas amigas suyas; y el vicario general tres, la una para el de igual clase de Tolosa, y las dos para otros tantos canónigos.

Este presente fué apreciado de mí mucho más de lo que ellos creyeron; y salí de Montauban hácia Tolosa con un buen carruaje: no descuidé gratificar á los gendarmes que me custodiaban, á fin de estar mejor servido. Llegué muy descansado á dicha villa, y fuí recibido por su alcalde mucho mejor de lo que lo había sido por los de las otras cárceles:

un pequeño gesto de los gendarmes le dió á conocer que yo tenia que gastar

Cuando hube reconocido y eucontrado á mi gusto la habitacion independiente que me dió el carcelero, pedi un criado para llevar unas cartas, y al momento llegó una muger á recibir mis órdenes. Le encargué la entrega en manos propias de las personas á quienes iban dirigidas. Así lo cumplió diciéndome que una de las señoras era baronesa, y la otra de las principales de la villa.

No dudé de que no tardaría mucho á tener visitas; y las primeras fueron de las dos damas que vinieron muy cerca la una de la otra. Ambas me obsequiaron muchísimo, preguntándome por sus amigas de Montauban, y rogándome les dijese con franqueza si habia de menester alguna cosa: les respondí que por entonces nada me hacia falta sino la libertad. Estuvieron un pequeño rato pensativas; hablaron entre sí alguna cosa á medias palabras; y en seguida me dije-

ron que tal vez respondiendo ellas de mi podrian lograr tenerme en una de sus casas. Les manifesté cuan agradecido deberia quedar á tan singular fineza, y se marcharon.

No sé de que resorte se valieron, ni como se trampeó la cosa, pero lo cierto es que al anochecer el carcelero mismo me acompañó á la casa de la baronesa de Cambr.... principiando de esta suerte un nuevo enredo, del cual sali mas bien de lo que debia esperar. Dicha señora me aguardaba: la doncella abrió la puerta; y una señorita me condujo al gabinete donde estaba su mamá la cual por si misma acercó una silla á la suya para que me sentase.

Yo estaba loco de contento porque en mi vida aventurera no podia apetecer sino lances de esta especie; pero de otra parte me hallaba confuso y sin tranquilidad. Teniamos con madre é hija una conversacion indiferente, cuando entró el vicario general á quien dijo el

carcelero que me encontraria en casa de la Baronesa, segun asi lo dejamos advertido.

Aquel eclesiástico me llenó de obsequios; manifestó desear le indicase en que podria serme útil, aunque consideraba que hallándome en compañía de la Sra. Baronesa nada necesitaria, pero no obstante cumpliria en ponerse á mi disposicion como á superior suyo y por el encargo que le habian hecho sus compañeros. Me pidió por último que le dijese si tenia algun inconveniente en que participase secretamente mi llegada al arzobispo.

Todo lo maravilloso y extraordinario me agradaba, y deseaba escenas peligrosas: era sumo el placer que me daba el salir bien de un terrible aprieto. Respondí en consecuencia que tenia mi beneplacito para manifestar á aquel prelado que yo disfrutaba por unos dias la amable compañía de la Sra. Baronesa. Se despidió con esto el vicario general.

Llegó muy pronto la hora de cenar; y despues de haber concluido, siendo para mí los mejores bocados que en la perilla se disputaban poder darme madre e hija, dijo aquella á esta que junto con la doncella, que tomó una luz, me acompañase á mi cuarto. La señorita al dejarme me tomó la mano para besarla y pidió que le diese mi bendicion. Esto costaba muy poco trabajo, y no me hice rogar segunda vez.

Pasé la noche cavilando, no tanto sobre el berengenal en que me habia metido, como en las gracias de la hija de la baronesa: sabia por esperiencia que los grandes personajes tienen mucho adelantado para enamorar, y no desconfié por lo mismo de hacerme querer por ella. Madrugué bastante; y cuando con motivo de haberme oído llamó la doncella preguntando si se me ofrecia alguna cosa, supe que la señorita estaba levantada ya y que la madre no acostumbraba hacerlo hasta las diez.

Entró luego aquella á darme los buenos dias, y sus labios angelicales tocaron otra vez mi mano. Me contó con la mayor inocencia que habia pasado una gran parte de la noche pensando en los trabajos que yo habia padecido, y que se hubiera tenido por muy dichosa de aliviarlos, y aun de compartirlos conmigo. Contexté elogiando su buen corazon y su virtud manifestándole mis esperanzas de que la providencia permitiera que yo pudiese corresponder á tantos beneficios que estaba recibiendo de ella y de su mamá. Yo habria salido maestro en el arte de amar misticamente; y supe conducirme tan bien, que la señorita dió muestras de estar misticoprendada de mi hasta al punto de desear venir una temporada á España conmigo si su madre le diera licencia.

En el entretanto llegó la hora de levantarse la baronesa, la que por primera visita se vino á mi aposento donde me encontró solo. Hízome una cortesía muy

amable y magestuosa; preguntó si habia descansado; y luego sonriéndose dijo que yo habria sin duda estrañado que no me besase la mano ni pidiese la bendicion, pero que debia saber que ella no era católica. Añadió que no por esto creia estar faltada de humanidad y de las demas virtudes.

Como no iba preparado para un lance de esta naturaleza, quedé sin saber que decir. La baronesa conoció mi turbacion, y prosiguió diciendo que no admiraba mi suspension porque seguramente yo hasta entonces no me habria visto tan obsequiado por personas de diferente religion. Me manifestó que no tuviese ningún cuidado pues en su compañía nada me faltaria, y estarla quizás mejor que en la de un católico. Contexté que no me habia sorprendido el decirme que su religion no era la mia, sino el que tampoco fuese la de su hija. Se enterneció la baronesa al oír estas últimas palabras; é ibamos á proseguir

nuestra conversacion sobre esta materia pero no interrumpió la doncella avisando que el coche del arzobispo habia parado en nuestra puerta.

Nos preparamos para recibir á S. Ilustrísima que venia acompañado del vicario general ; y aquel despues de hecho el saludo á la dueña de la casa se vino á mi, y abrazándome y llamándome hermano me compadeció por los trabajos que el Señor se habia dignado enviarme. Me ofreció su persona y palacio sin entender agraviar á la señora baronesa de quien estaba seguro recibia yo mas obsequios de los que él podia dispensarme ; y dijo que el dia siguiente me esperaba á comer con dicha señora y su hija.

Para poder aceptar este convite se ofreció la dificultad de que yo no podia ser visto para no comprometer á las personas que consentian mi permanencia en aquella casa, pues mi posada debia ser la cárcel pública. Se discutió qual seria el mejor medio ; y por último se

adoptó el de no valernos del coche del arzobispo ni del de la baronesa, y si del de una hermana de esta que tapaba perfectamente de suerte que no seríamos conocidos. Y abrazándome otra vez el prelado, puso en mi mano dos mil francos en oro, y se retiró.

La fortuna volvía á presentarse muy propicia y apenas me acordaba de los disgustos pasados. Mi tendencia á lo maravilloso ó extraordinario me hacia olvidar con facilidad los peligros; y aquel dia me ocupó exclusivamente la última conversacion tenida con la baronesa. Busqué ocasion de proseguirla; y puesto en el empeño de emprender cosas grandes formé el proyecto de convertir á dicha señora á la religion católica.

Nos hallábamos solos en un salón despues de haber comido, é hice de manera que se volviese á hablar de la diferencia de religion entre ellas y su hija. Manifestó entónces otra vez enternecida que esta seguia la de su padre, y ella la del suyo tambien; que esta diversidad

de opiniones le habia ocasionado ciertos disgustillos domésticos; y que tampoco al presente gozaba la tranquilidad que su corazon apetecia.

Demostre que tomaba una grande parte en sus penas; hice ver que estaba lleno de sentimiento; añadí que un corazon como el suyo merecia poder abrazar á su hija sin el mas leve motivo que acibarase aquel placer: entré luego en reflexiones que no se da donde ni como salieron, ni si eran buenas ó malas; la rogué que abrazase la ley de su hija; y dije que si el lograrlo no dependiese mas que de mi vida, la sacrificaria gustoso por su tranquilidad y en recompensa de los favores de que le era deudor.

A modo de aletargada quedó la baronesa. Le pregunté si le incomodaba mi conversacion. Respondió que no; y en tono resuelto dijo haber determinado hacerse católica, y que daba gracias al Señor por haberle proporcionado esta ocasion para romper sobre un negocio que la ocupaba desde algunos años. Me en-

cargò que lo participase al arzobispo dejando á la direccion de los dos el disponer lo conveniente para su bautismo.

Fuè una escena muy tierna la que luego siguió entre madre é hija ; y esta creyéndome autor de su dicha me mostraba de mil maneras su gratitud. Se pasó aquel dia con una alegría inesplicable y al siguiente fuimos á comer con el arzobispo segun se lo teníamos prometido. Al levantarnos de la mesa llamé aparte al arzobispo y le participé la conversion de la baronesa; lo celebró muchísimo, se dirigió á ella dándole el parabien y exortándola á que no se apartase de su propósito y se preparara para recibir el bautismo cuando gustase. La Baronesa respondió que se le diese tan pronto como fuèse posible ; y entonces tomándola de la mano el arzobispo la llevó á otro aposento donde la instruyó en los misterios y preceptos de nuestra religion que no eran desconocidos á dicha señora. Fuè no obstante muy larga la conferencia, durante la cual permanecí

cuasi siempre solo con la señorita que me cobraba cada momento mucho mas efecto. Conquistada para Dios el alma de su madre, no me hubiera disgustado conquistar á la hija para mi, y resolví trabajar para conseguirlo.

Volvieron al salon el arzobispo y la baronesa, y aquel dijo haber quedado acordes en que mañana recibiria el bautismo secretamente á fin de que yo pudiese asistir á tan augusta ceremonia pues, segun ambos añadieron, á mi me correspondia servir de ministro. Me excusé diciendo al arzobispo que éi era el pastor, y que yo me contentaba con asistir simplemente pues así convenia; y respondió que se hiciese mi voluntad.

Regresamos á casa siendo hora de cenar; y despues de haberlo hecho, las buenas noches de la Baronesa fueron mas espresivas pues besó mi mano y me abrazó. La señorita, como de costumbre vino a acompañarme hasta la puerta de mi gabinete, y se me mostró tambien mas obsequiosa. Con este motivo enta-

blamos formal conversacion, y nos declaramos mutuamente que el uno no se hallaba bien sino en compañia del otro. Hubo suspiros y desmayos, y una verdadera declaracion de amor.

Se retiró la niña á su gabinete, y yo entré en el mio: no pude dormir en toda la noche, y á ella le sucedió otro tanto. Aquella misma mañana despues del desayuno me regaló un anillo de diamantes: nuestra mayor pena era la de pensar en separarnos, y formábamos proyectos para evitarlo, otro de los cuales fué el que se realizó como se verá mas adelante.

Se acercó la hora de ir al palacio del arzobispo para el bautismo de la baronesa. Salió el vicario general á recibirnos en la primera pieza; y despues de haber estado un rato sola dicha señora con su prelado, se celebró la ceremonia sin mas concurrentes. Habiéndose todos empeñado en que yo á lo menos designase el nombre, dije que le pusiesen el de Maria Luisa Francisca, esto es, el último

por ser el mio propio, y los primeros los que habia tomado fingiéndome cardenal. Concluida la funcion me abrazó y besó la Baronesa diciéndome que dispusiese de cuanto ella posela.

Se celebró la fiesta quedándonos tambien á comer con Su Ilma., y retiramos bastante entrada la noche. Nos volvimos muy contentos á casa; y era tan extraordinario el gozo de la Baronesa, que un rato que estuvimos solos en el salon se echo á mis brazos espresando que no sabia como recompensarme el favor que le habia hecho, me besó, é hizo demostraciones tales de cariño que no me dejó cuasi dudar de que tenia dos queridas en una misma casa.

La órden que traian los gendarmes acerca de mi persona era la de conducir-me de cárcel en cárcel hácia la frontera de España para dejarme en este territorio luego de concluida la paz que se tenia por hecha; y decia que se ignoraba quien era yo. Así fué que pudo sin dificultad alcanzarse que yo permaneciese

semi-oculto por una temporada en casa de la Baronesa , y que tal vez hubiese podido durar mas tiempo. Al cabo empero de un mes que estaba disfrutando con el mayor regalo de tan buena compañía, determiné salir con el fin de hacerme contradizo con el Rey Fernando que supe se dirigia á España por Perpñan y pedirle perdon y obtener su indulto.

Con esta idea que yo llevé oculta dije á la Baronesa que me convenia presentarme luego á mi soberano: ella prometió auxiliarme en todo cuanto pudiese : y en su consecuencia , despues de bien tramado el plan , se hizo entender á la autoridad á quien correspondia que me llevase á donde debiera.

El dia antes de mi partida la señorita marchó por disposicion de su madre al pueblecito de Fele... donde yo debia pernoctar, para tener prevenido un carruaje y buenos caballos. La baronesa se preparó para venir conmigo en el coche que alquile , de suerte que parecia ir

tambien custodiada por gendarmes y llegados al citado lugarcillo, con dinero se logró que estos nos permitiesen quedar en el meson bajo la vijilancia de ellos mismos.

Todo lo habia perfectamente ejecutado la señorita acompañada de una muger de confianza con arreglo á las instrucciones de su madre. A media noche, cuando todo el mundo descansaba y á la señal convenida, se me avisó por un criado del meson metido en la trama que me dejase caer por la ventana con una cuerda que trajo preparada, y que á muy pocos pasos de distancia hallaria un carruage que me aguardaba.

Nada se descubrió; subí en el coche, y sentado al lado de mi querida señorita se hizo muy corto el largo trecho que hubimos de andar hasta un pueblo llamado Salces. Aquí era donde pensó la Baronesa que permaneciésemos escondidos en la casa de unos parientes suyos para realizar mi proyecto cuando llegase la ocasion. Fuimos recibidos con mucho

agasajo por aquella honrada y virtuosa familia; y sin pérdida de tiempo se reunió con nosotros dicha señora baronesa.

Así que aquellas buenas gentes supieron por boca propia de esta su conversión á la fé católica no sabían que hacer en obsequio mio; y la circunstancia de haber sabido que el rey Fernando habia ya entrado en España, por cual motivo no podia realizarse el proyecto que tanto nos dió que pensar y trabajar, hizo que no me negase a las reiteradas súplicas para que me detuviese una larga temporada en aquella casa. Permanecí mas de un mes sin salir; y creyendo que despues de tanto tiempo no corria ningun peligro, determiné dar un paseo por el pueblo. Reparé que mi persona habia llamado mucho la atencion de unos gendarmes y que no me perdieron de vista hasta verme entrar en casa: temí luego; y en efecto no tardaron mucho á presentarse diciendo que tenían orden de llevarme á Perpiñan.

○ A ruegos de la baronesa, de su hija,

y de sus amigos, se pudo conseguir el retardo de mi marcha por quince dias bajo pretexto de hallarme enfermo: finido empero este plazo fué preciso obedecer, y vinieron acompañándome hasta Perpiñan mis dos amigas. Yo fui conducido al castillo ó fuerte, y la baronesa practicó diligencias en favor mio, para lo cual le sirvió mucho su parentesco con el prefecto.

Once dias estuve en dicha ciudad; y aunque mi calidad era la de preso, tuve proporcion de salir por las noches. Se acercaba el momento de entrar en mi amada patria: un sargento de la gendarmeria me notificó con un dia de anticipacion que debiamos dirigirnos á la frontera: lo supieron la baronesa y su hija y era mucho su dolor, solicitaron mi consentimiento que les otorgué, para hacer diligencias á fin de poder disfrutar algunos dias mas de mi compañía; pero yo que no deseaba sino salir cuanto antes de estos enredos, convine con el gendarme que marchariamos aquella

misma noche, y dejé una carta escrita para la baronesa asegurándola de mi eterna estimacion y agradecimiento. La fecha era de 21 de julio de 1814: y la firma *Negrete*.

Dejé Perpiñan despidiéndome de Francia y de todas mis glorias y reveses, conservando únicamente de aquellas, 400 francos, un buen equipaje, y la satisfaccion de haberme burlado completamente de mis enemigos. Me acompañaban diez gendarmes, dos de los cuales se adelantaron para dar aviso á Bellagarda de mi llegada á fin de disponer la entrega de mi persona en la Junquera. Al pasar por frente de aquel fuerte se nos reunió un oficial con una partida de tropa francesa, quien notició inmediatamente al comandante español de la Junquera que iba á entrar un personaje de su nacion.

Dicho comandante, un regidor, y el cura párroco se adelantaron para saber quien era yo, habiendo dejado á la tropa formada para lo que fuese menester.

Se hizo mi entrega con una solemnidad que admiraba; el oficial francés puso en manos del español varios papeles que hacian referencia á mi; y anduve muy agasajado hasta la casa consistorial. Aquí el comandante principi6 á examinar dichos papeles; y confuso por lo que de ellos resultaba, pues en los unos se me tenia por el cardenal de Borbon, en otros por un obispo, en otros por un sargento, y segun otros era un enigma mi persona, mand6 que nos dejasen solos. Me manifestó hallarse admirado de lo que estaba leyendo, y que queria le declarase quien era yo para tomar las ulteriores providencias convenientes. No vacilé en decirle quien era y en que términos habia engañado á los franceses: y la respuesta fué que el dia inmediato saldria escoltado para presentarme al general de aquel canton.

Así se verific6; y en el camino, sin que pudiese saber por quien ni como, me quitaron mi maleta en que existia el corto patrimonio ahorrado en mis aven-

turas, y habiendo sido remitido al Capitan general, entré en la ciudad de Barcelona desde donde fui conducido á la Ciudadela y colocado en un obscuro calabozo. Caí enfermo de resultas de esto al cabo de cuatro meses, y me hallé desde entonces en el hospital algo mejorado pero con la salud perdida aguardando el resultado de la causa principiada y deseando echarme á los pies del Soberano para darle mis disculpas y obtener su perdón.

De esta manera concluyó la relacion de su historia aquel hombre singular, habiéndola escrito en los calabozos de la Ciudadela y de la Inquisicion, y en las salas del hospital donde por fin murió bajo la misma calidad de preso. Durante los pocos meses que vivió despues de su regreso á España, se manifestó extraordinariamente afligido por el modo con que fué tratado. Entre sus manuscritos dejó una tosca poesia titulada *Mis re-*

flexiones, en que dice no esperaba que al llegar á su amada patria se le privase respirar su aire libre, por que tanto habia suspirado, metiéndole en lóbregos y hediondos calabozos: muestra vivos deseos de que lo llevasen á la presencia del soberano, pues creia dejarlo absorto si le escuchaba, no dudando obtener su perdon: demuestra no haber incurrido en ninguno de los varios delitos de que hace sucesivamente mencion, y que se hubiera puesto en salvo si se hubiese creido culpable ó podido pensar que recibiria el tratamiento que estaba esperimentando: añade que el hecho de fingirse cardenal de Borbon engañando á Napoleon y á la Francia era una accion grande, por sola la cual merecia indulgencia de los excesos que hubiese en las circunstancias que la acompañaron: ruega á sus compatriotas que vivan seguros de que en su vida ningun otro crimen cometió; y concluye diciendo ser hijo de un caballero cuyo corazon sensible sufría mucho al saber sus padeci-

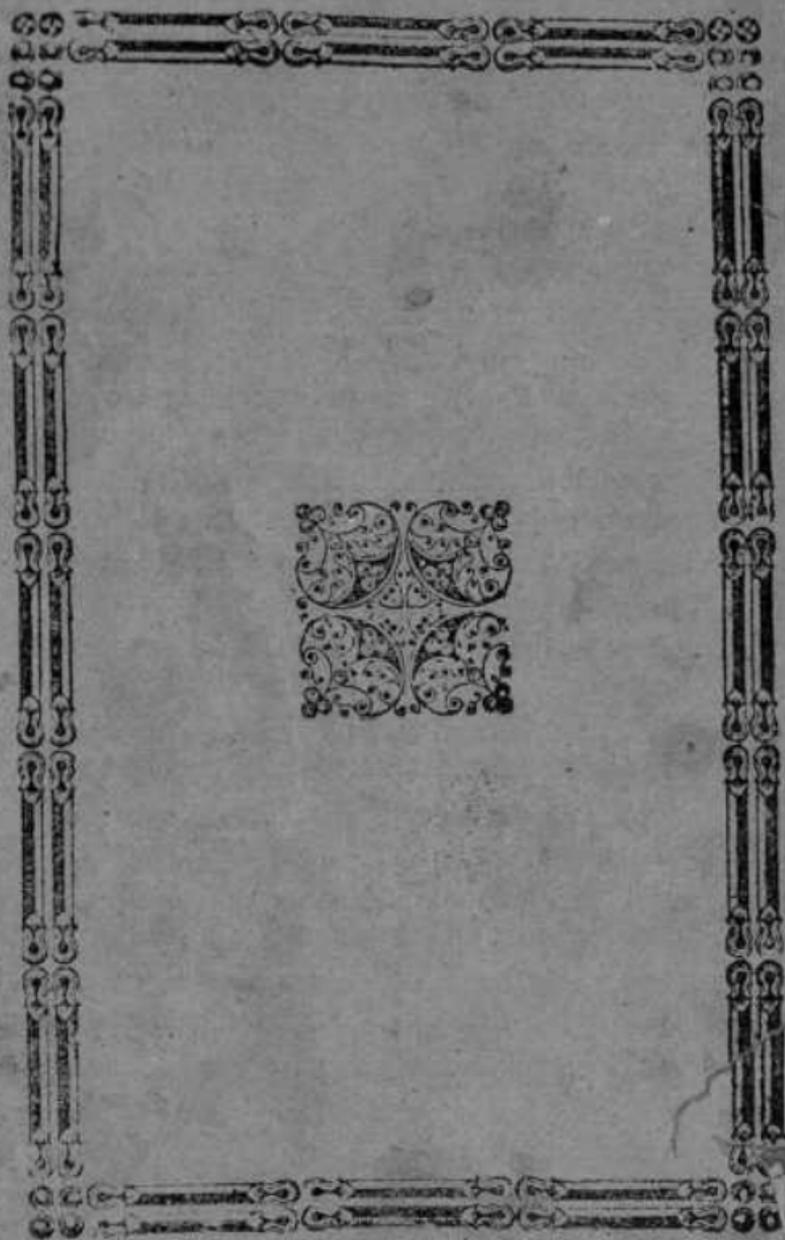
mientos, los cuales debian acabar muy pronto con él.

Tambien el sargento Francisco Mayor ensayó en su encierro la formacion de un drama en que hacia representar á varios personages de que habla en su historia: su imaginacion viva le inspiraba mil proyectos para que su nombre y hazañas se trasmitiesen á la posteridad y estos trabajos fueron interrumpidos demasiado pronto con la realizacion de sus tristes presentimientos. Es sensible conforme el se exclamaba de ello, que con motivo de los varios saqueos que sufrieron sus equipages se perdiesen unos papeles ó notas que hubieran servido para formar su historia mas circunstanciada en lugar y tiempo, y es todavia mas sensible la temprana muerte de un hombre de cuyo talento y amor al país que le vió nacer podia esperar la patria eminentes servicios.

FIN.

Alen yorac, Frenaco
Historia...
Londra 1895

10



274830